

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 32

DEPRAVACIÓN RADICAL

“Vosotros...estabais muertos en vuestros delitos y pecados”.

Efesios 2:1

Nuestro propósito

“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.

Portavoz de la Gracia

32

Depravación radical

Contenido

Una pregunta vital para hoy	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
En Adán todos mueren.....	9
<i>Thomas Reade (1776-1841)</i>	
La depravación humana.....	13
<i>Joel Beeke</i>	
La depravación del corazón	20
<i>Thomas Reade (1776-1841)</i>	
Una mente depravada y corrupta	23
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
La incapacidad humana.....	29
<i>Loraine Boettner (1901-1990)</i>	
Legal, espiritual y eternamente muertos.....	36
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La atracción eficaz de Dios.....	43
<i>John Flavel (c. 1630-1691)</i>	
¿Vivo o muerto?.....	46
<i>J. C. Ryle (1816-1900)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2020 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

UNA PREGUNTA VITAL PARA HOY

Arthur W. Pink (1886-1952)

ESTAMOS profundamente convencidos de que la pregunta vital que más se debe plantear hoy es ésta: ¿Es el hombre una criatura total y completamente depravada¹ por naturaleza? ¿Entra en el mundo completamente arruinado e indefenso, espiritualmente ciego y muerto en delitos y pecados? Acorde con nuestra respuesta a esta pregunta, serán nuestros puntos de vista sobre muchas otras cosas. Es sobre la base de este oscuro telón de fondo que toda la Biblia se genera. Cualquier intento de modificar o disminuir, repudiar o atenuar la enseñanza de las Escrituras sobre el asunto es fatal. Ponga la pregunta en otra forma: ¿Está el hombre ahora en tal condición que no puede ser salvado sin la intervención especial y directa del Dios trino en su favor? En otras palabras, ¿hay alguna esperanza para él aparte de la elección personal del Padre, su redención particular² por el Hijo y las operaciones sobrenaturales del Espíritu dentro de él?³ O, dicho de otra manera: Si el hombre es un ser totalmente depravado, ¿puede dar el primer paso para regresar a Dios?

La respuesta bíblica a esa pregunta pone de manifiesto la absoluta futilidad de los esquemas de los reformadores sociales para “la elevación moral de las masas”, los planes de los políticos para la paz de las naciones y las ideologías de los soñadores para dar paso a una edad de oro para este mundo. Es patético y trágico ver a muchos de nuestros más grandes hombres poniendo su fe en tales quimeras⁴. Las divisiones y las discordias, el odio y el derramamiento de sangre, no pueden ser desterrados mientras la naturaleza humana sea lo que es. Pero durante el siglo pasado⁵, la tendencia constante de una cristiandad en deterioro, ha sido subestimar la maldad del pecado y sobrevalorar la capacidad moral de los hombres. En vez de proclamar la atrocidad del pecado, se ha insistido más en sus inconvenientes y, la descripción abrumadora de la condición perdida del hombre como se establece en la Sagrada Escritura, ha sido oscurecida, si no borrada, por las halagadoras disquisiciones⁶ sobre el progreso humano. Si la religión popular de “las iglesias” —incluido el noventa por ciento de lo que se denomina

¹ **Depravado** – Moralmente corrupto; malvado.

² Ver FGB 227, *Atonement*, en inglés (Expiación), disponible en CHAPEL LIBRARY.

³ Ver FGB 202, *The New Birth*, en inglés (El nuevo nacimiento), disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁴ **Quimeras** – Nociones salvajes de la imaginación; cosas esperadas, pero imposibles de lograr. Ilusiones, ficciones, fantasías.

⁵ **Siglo pasado** – El autor se refiere al siglo 19.

⁶ **Disquisiciones** – Largos y elaborados ensayos explicativos.

Cristianismo Evangélico— se pone a prueba en este momento, se descubrirá que riñe directamente con la idea del hombre caído, arruinado y espiritualmente muerto.

Por lo tanto, hoy existe una necesidad imperiosa de que el pecado sea visto a la luz de la ley de Dios y del evangelio, para que su excesiva pecaminosidad⁷ pueda ser demostrada y las oscuras profundidades de la depravación humana sean expuestas por la enseñanza de la Sagrada Escritura, para que podamos aprender lo que implican esas temibles palabras “muerto en delitos y pecados”. El gran objetivo de la Biblia es darnos a conocer a Dios, describir al hombre tal como aparece a los ojos de su Creador y mostrar la relación de uno con el otro. Es, por lo tanto, asunto de sus siervos, no sólo declarar el carácter y las perfecciones divinas, sino también delinear la condición original y la apostasía del hombre, así como el remedio divino para su ruina. Hasta que no veamos realmente el horror del pozo en el que por naturaleza yacemos, nunca podremos apreciar apropiadamente la gran salvación de Cristo. Es la condición caída del hombre, la terrible enfermedad para la cual la redención divina es la única cura, y nuestra estimación y valoración de las provisiones de la gracia divina serán necesariamente modificadas, en la medida en que modifiquemos la necesidad que se pretendía satisfacer.

David Clarkson, uno de los puritanos, señaló este hecho en su sermón sobre el Salmo 51:5: “El fin del ministerio del evangelio es traer a los pecadores a Cristo. Su camino hacia este fin radica en el sentido de su miseria sin Cristo. Los ingredientes de esta miseria son nuestra pecaminosidad, original y actual; la ira de Dios, a la cual el pecado nos ha expuesto; y nuestra impotencia para liberarnos del pecado o de la ira. Para que podamos promover este gran fin, nos esforzaremos, tanto como el Señor nos asista, para guiarlo de esta manera, por un sentido de miseria, hacia a Aquel que es el único que puede librar de ella. Ahora, siendo la corrupción el origen de la miseria de nuestras naturalezas o del pecado original, pensamos que era apropiado comenzar aquí y, por lo tanto, hemos puesto estas palabras como muy apropiadas para nuestro propósito”⁸: *...He aquí, en maldad he sido formado*⁹, *y en pecado me concibió mi madre*.

Este tema es realmente muy solemne y nadie puede escribirlo o predicarlo, a menos que su corazón esté profundamente impresionado por él. No es algo de lo que cualquier hombre pueda desprenderse, y escribir largo y

⁷ Ver FGB 240, *The Sinfulness of Sin*, en inglés (La pecaminosidad del pecado), disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁸ David Clarkson, Las obras de David Clarkson (*The Works of David Clarkson*), Vol. 1 (Edimburgo: James Nichol, 1864), 3. David Clarkson (1622-1686) fue un predicador y autor puritano independiente.

⁹ **En maldad he sido formado** – Engendrado o nacido pecador al nacer; nacido pecador.

tendido como si no estuviera directamente involucrado en él; menos aún, desde un nivel superior despreciando a aquellos a quienes denuncia. Nada es más [inadecuado] e impropio que un joven predicador capaz de recitar los pasajes de la Escritura que retratan su propia vileza natural. Más bien, deben ser leídos o citados con la mayor solemnidad. J. C. Philpot declaró: “Como ningún corazón puede concebir suficientemente, tampoco ninguna lengua puede expresar adecuadamente, el estado de miseria y ruina en el cual el pecado ha hecho al hombre culpable y miserable. Al separarlo de Dios, lo ha separado de la única fuente y origen de toda felicidad y toda santidad. Lo ha arruinado, en cuerpo y alma. Lo ha llenado de enfermedad y dolencia; ha desfigurado y destruido la imagen de Dios en la cual fue creado. Ha destrozado todas sus facultades humanas; ha roto su juicio, ha contaminado su imaginación y ha enajenado sus afectos. Le ha hecho amar el pecado y odiar a Dios”¹⁰.

La doctrina de la depravación total es muy *humillante*. No es que el hombre se incline hacia un lado y necesite apoyo, ni que sea meramente ignorante y requiera instrucción, ni que esté agotado y pida un tónico; sino más bien que está deshecho, perdido, espiritualmente muerto. En consecuencia, él está “sin fuerzas” y es completamente incapaz de valerse por sí mismo. Él está expuesto a la ira de Dios y es incapaz de realizar una sola obra que pueda ser aceptada por Él. Casi todas las páginas de la Biblia dan testimonio de esta verdad. Todo el esquema de redención lo da por sentado. El plan de salvación enseñado en las Escrituras no se podía establecer sobre ninguna otra hipótesis. La imposibilidad de que un hombre obtenga la aprobación de Dios por sus propias obras aparece claramente en el caso del joven rico que vino a Cristo. Juzgado por los estándares humanos, fue un modelo de virtud y logros religiosos. Sin embargo, como todos los que confían en el esfuerzo propio, ignoraba la espiritualidad y el rigor de la Ley de Dios; cuando Cristo lo puso a prueba, sus justas expectativas fueron desvanecidas y “se fue triste” (Mt. 19:22).

Por lo tanto, es una doctrina de lo más *desagradable*¹¹. Y no puede ser de otra manera para el amor no regenerado que quiere oír hablar de la grandeza, la dignidad y la nobleza del hombre. El hombre natural piensa muy bien de sí mismo y sólo aprecia lo que le es halagador. Nada le agrada más que escuchar lo que ensalza la naturaleza humana y alaba el estado de la humanidad, aunque sea en términos que, no sólo repudian la enseñanza de la Palabra de Dios, sino que se contradicen de plano por la observación co-

¹⁰ De El Estándar del Evangelio de Philpot (Philpot's *The Gospel Standard*), 12 de marzo de 1858, p. 92. “Revisión: Comunión con Dios —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— (Review: Communion with God —the Father, the Son, and the Holy Ghost—)” por John Owen. Philpot (1802-1869) fue un estricto pastor y autor bautista inglés.

¹¹ **Desagradable** – Puede significar de mal gusto en la boca y, por lo tanto, rechazado.

mún y la experiencia universal. Y hay muchos que [lo gratifican] por sus abundantes elogios de la excelencia de la civilización y el progreso constante de la raza humana. Por lo tanto, afirmar que la popular teoría de la evolución es mentira, es muy desagradable para sus engañados adeptos. Sin embargo, el deber de los siervos de Dios es manchar el orgullo de todo aquello en lo que el hombre se gloria, despojarlo de sus plumas robadas, ponerlo en el polvo ante Dios. Por repugnante que sea esta enseñanza, el emisario de Dios debe cumplir fielmente con su deber así “escuchen o dejen de escuchar” (Ez. 3:11).

Éste no es un dogma sombrío¹² inventado por la Iglesia en “las edades oscuras”, sino *una verdad de la Sagrada Escritura*. George Whitefield dijo: “Lo veo, no sólo como una doctrina de las Escrituras, la gran fuente de la verdad, sino como una muy fundamental, de la cual espero que Dios no permita que ninguno de ustedes sea seducido”¹³. Es un tema al que la Biblia da gran importancia. Cada parte de las Escrituras tiene mucho que decir sobre el terrible estado de degradación y esclavitud al que la Caída ha llevado al hombre. Constantemente, se insiste en la corrupción, la ceguera, la hostilidad de todos los descendientes de Adán a todo lo que sea de naturaleza espiritual. No sólo se describe plenamente la ruina total del hombre, sino también su impotencia para salvarse a sí mismo de la misma. En las declaraciones y denuncias de los profetas, de Cristo y de sus Apóstoles, se exponen repetidamente, no de manera indirecta y vaga, sino enfáticamente y con gran detalle, la esclavitud de todos los hombres a Satanás y su completa impotencia para volverse a Dios en busca de liberación. Ésta es una de las cientos de pruebas de que la Biblia no es un invento humano, sino una revelación del tres veces Santo.

Es un tema *tristemente* descuidado. A pesar de las claras y unívocas enseñanzas de la Escritura, la condición de ruina del hombre y su separación de Dios son débilmente percibidas y rara vez escuchadas en el púlpito moderno, y se les da poco lugar, incluso en lo que se considera como los centros de la ortodoxia. Más bien, toda la tendencia del pensamiento y la enseñanza actuales van en la dirección opuesta e, incluso, cuando no aceptan la hipótesis darwiniana, a menudo, se ven sus influencias perniciosas. Como consecuencia del silencio culpable del púlpito moderno, ha surgido una generación de feligreses que, deplorablemente, ignoran las verdades básicas de la Biblia, de modo que, quizás no más de uno de cada mil, tiene un conocimiento mental de las cadenas de dureza e incredulidad que atan el corazón natural o la mazmorra de las tinieblas en la que yacen. Miles de predicadores, en lugar de exponer fielmente a sus oyentes acerca de su la-

¹² **Dogma sombrío** – Doctrina sombría o espantosa.

¹³ John Gillies, Las memorias del Rev. George Whitefield (*The Memoirs of Rev. George Whitefield*) (Middletown: Hunt & Noyes, 1838), 248.

mentable estado natural, están perdiendo el tiempo relatando las últimas noticias del Kremlin o del desarrollo de armas nucleares.

Es, por lo tanto, una doctrina de *prueba*, especialmente de la solidez del predicador en la fe. La ortodoxia de un hombre sobre este tema determina su punto de vista de muchas otras doctrinas de gran importancia. Si su creencia aquí es bíblica, entonces percibirá claramente cuán imposible es que los hombres se mejoren a sí mismos y que Cristo es su única esperanza. Él sabrá que, a menos que el pecador nazca de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios. Tampoco considerará la idea del libre albedrío de la criatura caída para alcanzar la bondad. Será preservado de muchos errores. Andrew Fuller declaró: “Nunca conocí a una persona que estuviera al lado del arminiano¹⁴, el arriano¹⁵, el sociniano¹⁶ o el antinomiano¹⁷, sin antes distraerse con las diminutas nociones de depravación humana o deidad”¹⁸....

Es una doctrina de *gran valor práctico* y de importancia espiritual. El fundamento de toda la verdadera piedad, yace en una visión correcta de nosotros mismos y de nuestra vileza, y en una creencia bíblica en Dios y en su Gracia. No puede haber un verdadero aborrecimiento de sí mismo o arrepentimiento, ni una apreciación real de la misericordia salvadora de Dios, ni fe en Cristo, sin ella. No hay nada como un conocimiento de esta doctrina tan bien calculado para desengañar al hombre vano, y convencerlo de la inutilidad y la podredumbre de su propia justicia. Sin embargo, el predicador que es consciente de la plaga de su propio corazón, sabe muy bien que no puede presentar esta verdad de tal manera que sus oyentes realmente se den cuenta y sientan lo mismo, y que les ayude a dejar de estar enamorados de sí mismos y hacer que renuncien para siempre a toda esperanza en sí mismos. Por lo tanto, en lugar de confiar en su fidelidad al presentar la verdad, se la confiará a Dios para que la aplique con gracia y poder a quienes lo escuchen y bendiga sus débiles esfuerzos.

¹⁴ **Arminiano** – Se refiere a las doctrinas de Jacobus Arminius (1560-1609), quien rechazó el punto de vista de los Reformadores de la predestinación, enseñando, en cambio, que la predestinación de Dios estaba basada en su conocimiento previo de quién recibiría o no a Cristo por su libre albedrío.

¹⁵ **Arriano** – Se refiere a las doctrinas de Arrio, un obispo de Alejandría (250/56-336 d.C.), quien enseñó que el Hijo celestial era un ser creado y no una deidad.

¹⁶ **Sociniano** – Se refiere a las doctrinas de Lelio (1525-1562) y su sobrino, Fausto Sociano (1539-1604), quienes rechazaron el pecado original, la deidad de Cristo, y, por lo tanto, la Trinidad.

¹⁷ **Antinomiano** – Del griego *anti*, contra, y *nomos*, ley, la cual se aplica, generalmente, a aquellos que sostienen la doctrina de que la Ley de Dios no tiene lugar en la vida de un creyente.

¹⁸ Andrew Fuller, Las obras completas de Andrew Fuller: Publicaciones controvertidas (*The Complete Works of Andrew Fuller: Controversial Publications*), ed. Joseph Belcher, Vol. 2 (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, 1988), 662. Andrew Fuller (1754- 1815) fue un pastor y teólogo bautista particular inglés.

Es una doctrina excesivamente *iluminadora*. Puede ser triste y humillante; sin embargo, arroja una avalancha de luz sobre misterios que, de otro modo, serían insolubles¹⁹. Proporciona la clave para el curso de la historia humana y muestra por qué gran parte de ella ha sido escrita con sangre y lágrimas. Proporciona una explicación de muchos problemas que desconciertan y turban a los pensativos. Revela por qué el niño es propenso al mal y tiene que ser enseñado y disciplinado a todo lo que es bueno. Explica por qué cada mejora en el ambiente del hombre, cada intento de educarlo, todos los esfuerzos de los reformadores sociales, no están disponibles para efectuar ninguna mejora radical en su naturaleza y carácter. Esto explica el horrible trato que recibió Cristo cuando obró tan misericordiosamente en este mundo, y por qué todavía es despreciado y rechazado por los hombres. Permite, al mismo cristiano, comprender mejor el doloroso conflicto que siempre está presente en su interior y que le hace gritar a menudo: “¡Oh, miserable de mí!” (Ro. 7:24).

Por lo tanto, es una doctrina muy *necesaria*, pues la gran mayoría de nuestros semejantes la ignoran. A veces, se piensa que los siervos de Dios hablan demasiado fuerte y tristemente del terrible estado del hombre a través de su apostasía de Dios. El hecho es que es imposible exagerar en el lenguaje humano la oscuridad y la contaminación del corazón del hombre, o describir la miseria y la total impotencia de una condición como la que la Palabra de verdad describe en estos pasajes solemnes: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:3-4). “Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane”. (Jn. 12:39-40). Esto es aún más evidente cuando contrastamos el estado de ánimo de aquellos en quienes se realiza un milagro de gracia (Lc. 1:78-79).

Es una doctrina [*beneficiosa*] —una que Dios usa a menudo para hacer que los hombres recobren el sentido—... Nada más que un sentido real de nuestra condición perdida nos pone en el polvo ante Dios.

De Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*),
disponible en CHAPEL LIBRARY.

Arthur W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia, autor; nacido en Nottingham, Inglaterra, Reino Unido.



“¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie”. —*Job 14:4*

¹⁹ **Insoluble** – Imposible de resolver.

EN ADÁN TODOS MUEREN

Thomas Reade (1776-1841)

LA doctrina de la Caída, con todas sus horribles consecuencias, resplandece con terrible claridad en el libro de Dios: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Ro. 5:12).

La doctrina de la Caída está en el fundamento de la expiación: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Lc. 5:31). Jesús no vino “a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lc. 5:32). Vino “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10). “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15). Su gloriosa obra fue anunciada a José por el ángel, cuando dijo: “Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21).

Mientras vemos a la entonces feliz pareja²⁰, después de su terrible caída, nos vemos obligados a usar el lenguaje del profeta llorón: “¡Cómo se ha ennegrecido el oro! ¡Cómo el buen oro ha perdido su brillo!” (Lam. 4:1).

El pecado de Adán fue un compuesto de incredulidad, orgullo, sensualidad, ingratitud y rebelión. La *incredulidad*, al dar crédito²¹ al tentador, más que a Dios. *Orgullo*, en el deseo de ser sabios como dioses, conociendo el bien y el mal. La *sensualidad*, en la lujuria por el fruto prohibido. *Ingratitud*, en alianza con los ángeles caídos. *Rebelión*, al pisotear la autoridad de Jehová.

El Apóstol dice: “Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1Ti. 2:14). La serpiente sedujo primero a Eva con su sutileza y luego, Eva ganó una fácil conquista sobre su marido porque está escrito: “Y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella” (Gn. 3:6). Por este acto, Adán [cedió] a la gratificación pecaminosa de la tentación y se convirtió en un participante pleno de su culpa y miseria. En esta culpa, toda su descendencia estaba igualmente involucrada, pues está escrito: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres” (Ro. 5:18). “... en Adán todos mueren,...” (1 Co. 15:22).

El efecto de la Caída fue la vergüenza, el compañero inseparable del pecado. “Y conocieron que estaban desnudos;...” (Gn. 3:7). La imagen de Dios

²⁰ Adán y Eva.

²¹ **Dar crédito** – Creer o aceptar una declaración como verdadera.

se había ido. Su túnica de natural inocencia se había ido. Su paz y pureza se habían ido. ¡Horrible condición! De hecho, estaban en verdad, desnudos y sin protección ante todos los terrores de la justicia indignada²² de Dios y sin ninguna cobertura para apaciguar su ira.

Otro efecto de la Caída fue la oscuridad de la mente. “Y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto” (Gn. 3:8). Asombrosa ceguera: esconderse de ese Ser, cuyos ojos son más brillantes que diez mil soles, que llena el cielo y la tierra con su presencia, y de quien no se esconde ningún secreto.

El miedo esclavizante fue otro fruto de la Caída. Cuando Dios le preguntó a Adán por qué se escondía, él respondió: “Tuve miedo” (Gn. 3:10). ¡Ah, qué tormento interior produjo el pecado en el alma de nuestros primeros padres! ¡Cómo cambió su condición! Ahora tenían miedo de mirar a Aquel cuya presencia era su cielo y su alegría.

La impiedad²³ y la impenitencia²⁴ fueron también los viles²⁵ hijos de la Caída. Cuando Dios amonestó a Adán por comer del árbol del cual Él le había ordenado que no comiera, Adán respondió: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Gn. 3:12). Note la impiedad: “La mujer que me diste por compañera”, cargando la culpa sobre el Todopoderoso, como si hubiera dicho: “Si nunca me hubieras dado a esta mujer, nunca habría pecado contra ti”. ¡Oh! ¡Qué insulto impío a la benevolencia, bondad y amor divinos! Note también la impenitencia de Adán: “Ella me dio del árbol, y yo comí”, evadiendo la responsabilidad de haber comido el fruto que le dio Eva, como si se viera obligado a comer porque ella le presentó el fruto y como si su propia voluntad no tuviera nada que ver con ello.

No vemos aquí ninguna convicción de pecado, ninguna confesión de culpabilidad, ningún [remordimiento] a causa de ello. En el Jardín del Edén no se vieron signos de penitencia, ni de quebrantamiento de un corazón... Eva era tan mala como su marido. Ella, de la misma manera, se esforzó por [justificarse] diciendo: “La serpiente me engañó, y comí” (Gn. 3:13).

Ahora observa, oh alma mía; sí, observa con asombro, gratitud y amor la ilimitada gracia y misericordia de Jehová. Aquel que no perdonó a los ángeles que pecaron, proclamó una salvación rica y libre para el hombre rebelde. El Señor prometió un libertador, la simiente de la mujer, que hiriera la cabeza de la serpiente. En la plenitud de los tiempos, Jesús, el Salvador, nació de una virgen pura, nacido para salvar a su pueblo de sus pecados y para vencer los poderes de la muerte y el infierno. Este precioso Jesús es

²² **Indignados** – Muy enfurecidos.

²³ **Impiedad** – Falta de reverencia a Dios; irreverencia.

²⁴ **Impenitencia** – Dureza del corazón; no se arrepiente.

²⁵ **Viles** – Que destruyen la vida. Que actúan con gran maldad, de modo bajo y despreciable y sin escrúpulo alguno.

predicado ahora, a través del evangelio eterno a todos los hijos e hijas culpables de Adán, con la bendita seguridad de que todos los que creen en Él serán salvos.

De esta breve visión de la apostasía y la recuperación del hombre, es evidente que el hombre es el único autor de su destrucción y que su salvación es por gracia, totalmente gratuita, no buscada e inmerecida. A través de la Caída, el hombre perdió todo el poder espiritual y la voluntad de amar y servir a Dios. Pero por el pacto de la gracia, él recupera ambos, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13).

Una atenta lectura de los capítulos tercero y cuarto del Génesis convencerá a todo humilde indagador de la verdad, mediante la enseñanza del Espíritu divino, de que todo hombre nacido en este mundo, no merece otra cosa que la condenación eterna, puesto que “lo que es nacido de la carne, carne es” (Jn. 3:6) y “que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Co. 15:50). “No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Jn. 3:7), fue la respuesta del Salvador al inquisitivo Nicodemo. El pecador puede poner reparos y discutir, pero su propio corazón lo condenará. Su propia vida lo condenará. La ley de Dios lo condenará. El pecado de su naturaleza, como hijo caído de Adán, lo condenará. Él no encontrará nada más que condenación aquí y juicio en el mundo venidero. Pero que mire fuera de sí mismo al segundo Adán, el Señor del cielo —a Jesucristo, el libertador prometido. Allí encontrará todo lo necesario para reparar las ruinas de la Caída—, sí, para elevarlo a un estado más glorioso, tanto como si Adán nunca hubiera pecado...

¡Un misterio asombroso! ¡Oh! ¡Maravillosa sabiduría de Dios!, al impartir así tanto bien a partir de tanto mal, y lo hizo para mostrar, aún más, las riquezas de su gloria y manifestar el resplandor de sus perfecciones; aunque Satanás desatara una terrible plaga sobre su nueva y justa creación.

Así, Satanás fue frustrado, y “así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Ro. 5:21). “Cantad loores, oh cielos, porque Jehová lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; porque Jehová redimió a Jacob, y en Israel será glorificado” (Is. 44:23).

Con seguridad, sólo los tontos pueden burlarse del pecado... El orgullo, la malicia, la envidia, la murmuración, la impureza y toda abominación odiosa a un Dios santo, y destructiva para nuestra raza miserable, brotan de esta raíz venenosa. Cada partícula de pecado contiene una infinidad de maldad y merece la condenación eterna.

Pero, oh alma mía, si quieres ver el pecado en los colores más oscuros y en los efectos más terribles, ve a Belén y pregunta: “¿Por qué el Rey del cielo se convirtió en un niño de días? ¿Por qué estaba Él, que llena todo el espacio, envuelto en pañales y acostado en un pesebre?”. Ve a Getsemaní y

pregunta: “¿Por qué el Dios encarnado agonizó y sudó grandes gotas de sangre?”. Ve al tribunal y pregunta: “¿Por qué se sometió a juicio el Juez soberano de los hombres y de los ángeles? ¿Por qué el inocente sufrió tales indignidades? ¿Por qué fue condenado a morir el inocente?”. Ve al Calvario y pregunta: “¿Por qué el Señor de la gloria colgó del árbol maldito? ¿Por qué el Señor de la vida se dignó derramar su alma hasta la muerte?”.

Fue para salvarte de tu pecado, para redimirte de la maldición de la Ley al ser hecho maldición por ti, para liberarte de ir al infierno, convirtiéndose en tu rescate. Fue para merecer el cielo para ti por su preciosa expiación y obediencia hasta la muerte. Fue para comprar para vosotros el Espíritu eterno, por cuya poderosa ayuda podéis creer y amar, y deleitaros en este precioso Salvador, este adorable Redentor, este libertador Todopoderoso, a través del cual vuestros pecados son perdonados y por el cual tenéis acceso a Dios como vuestro Padre reconciliado. ¡Oh alma mía! Alabado sea el Señor por su misericordia y nunca deje de hablar bien de su nombre.

El pecado —incluso tu pecado— clavó, traspasó y afligió al Señor de la gloria. ¡Oh! Entonces odien el pecado y evitenlo como si temblaran al clavar una lanza en el pecho de su Salvador, como si temblaran al pisotear su sangre sagrada. “La paga del pecado es muerte,...”. ¡Oh, pero regocijaos en esta amable declaración!: “...más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 6:23).

De Ejercicios espirituales del corazón (*Spiritual Exercises of the Heart*), Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org. Usado con permiso.

Thomas Reade (1776-1841): Laico inglés y autor; nacido en Manchester, Inglaterra, Reino Unido.



LA DEPRAVACIÓN HUMANA

Joel Beeke

LA Biblia nos dice que aunque el hombre caído es capaz de hacer algunos actos externamente buenos, no puede hacer nada verdaderamente bueno o agradable a los ojos de Dios (Ro. 8:8), a menos que sea regenerado por el Espíritu Santo (Jn. 3:1-8). Desde el punto de vista de Dios, que es el único punto de vista verdadero, el hombre natural es incapaz de ser bueno en pensamiento, palabra o acción y, por lo tanto, no puede contribuir en nada a su salvación. Él está en total rebelión contra Dios.

Cuando hablamos de depravación total, estamos confesando nuestra falta de mérito y corrupción ante Dios por nuestros pecados originales y actuales. No podemos ni borrar nuestra falta de mérito ni hacer nada para merecer el favor salvador de Dios. Para comprender todas las implicaciones de esta verdad, debemos entender cinco cosas que se encuentran en el corazón de lo que la Escritura presenta como depravación total.

Primero, la depravación total es *inseparable de la iniquidad*. La depravación total es el resultado inevitable de nuestro pecado, y el pecado es el resultado inevitable de nuestra depravación total. No puedes entender lo que es la depravación total, si no entiendes lo que es el pecado. La Biblia nos dice: “Pues el pecado es infracción de la ley” de Dios (1 Jn. 3:4). Por lo tanto, el pecado es cualquier falla en cumplir la ley moral de Dios en nuestras acciones, actitudes o naturaleza —ya sea haciendo o siendo lo que no debemos hacer o ser (pecados de *comisión*), o no haciendo o no siendo lo que debemos hacer o ser (pecados de *omisión*)—. El pecado es injusticia y toda injusticia es anti-Dios. En esencia, el pecado es todo lo que está en oposición a Dios. El pecado desafía a Dios; viola su Carácter, su Ley y su Pacto. Se opone, como dijo Martín Lutero²⁶, a “dejar que Dios sea Dios”. El pecado apunta a destronar a Dios y se esfuerza por colocar a alguien o a algo más, en su legítimo trono.

La Biblia usa una variedad de palabras para referirse al pecado. Tomados individualmente, significan (1) perder la marca que Dios ha establecido como nuestra meta; es decir, no vivir para su gloria; (2) ser impíos e irreverentes, lo cual es mostrar la ausencia de justicia; (3) transgredir los límites de la ley de Dios; es decir, violar sus límites establecidos; (4) participar en la iniquidad, es decir, desviarse de un curso correcto, mostrar una falta de integridad o fallar en hacer lo que Él ha mandado; (5) desobedecer y rebelarse contra Dios a través de una violación de la confianza o un acto cons-

²⁶ **Martín Lutero** (1483-1546) – Líder alemán durante la Reforma Protestante.

ciente de traición; (6) cometer una perversión al torcer la mente contra Dios y (7) cometer abominación contra Dios al realizar actos particularmente reprobables²⁷ ante Dios.

Cada vida —incluyendo la suya y la mía— ha fallado en su objetivo y es irreverente por naturaleza. Cada vida ha transgredido las líneas de las prohibiciones de Dios y se ha comprometido en la iniquidad. Toda vida ha desobedecido la voz de Dios, se ha rebelado contra Él, y es propensa a cometer inmoralidad y abominación. Isaías 53:6a dice que “todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” y Romanos 3:23 dice que “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

Por lo tanto, la depravación total significa que somos violadores de la ley en todo momento. Por naturaleza, nunca amamos a Dios sobre todo o a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Estamos en “enemistad contra Dios” (Ro. 8:7), viviendo en una hostilidad activa y frenética²⁸ hacia Él, y somos “abhorrecibles, y abhorreciéndonos unos a otros” (Tit. 3:3). Siempre estamos pecando porque nuestros motivos nunca son del todo puros.

Segundo, la depravación total es *principalmente interna*, una interioridad que proviene de nuestra profunda y trágica caída en Adán. Cuando pensamos en el pecado, somos propensos a limitarnos a acciones externas como el asesinato, el robo, el homicidio, la crueldad y cualquier otra cosa que sea externa y observable en el comportamiento humano. Pero la Biblia es mucho más rigurosa y radical. No mira simplemente a lo que es exterior, palpable y escuchado; va a las profundidades de la vida humana y dice que el pecado y la depravación existen también allí, en nuestros pensamientos, nuestras ambiciones, nuestras decisiones, nuestros motivos y nuestras aspiraciones.

Jesús dijo que no es lo que un hombre come o toca lo que lo contamina, sino lo que sale de él lo que lo contamina y afecta todo lo que piensa y hace (Mt. 15:17-20). No es tanto que las acciones o los discursos humanos hayan perdido el objetivo; es que el *corazón del hombre* ha perdido el objetivo. El corazón mismo del hombre es incrédulo, egoísta, codicioso, sensual y siempre deseoso de desplazar a Dios mismo. Por lo tanto, el mismo deseo de pecar es pecado. Juan Calvino lo dijo de esta manera: “Según la constitución de nuestra naturaleza, el aceite puede ser extraído de una piedra, antes de que podamos realizar una buena obra”²⁹.

²⁷ **Reprobable** – Merecedor de reprobación o condenación.

²⁸ **Frenético** – Salvajemente excitado.

²⁹ Juan Calvino, trans. John Allen, *Institución de la Religión Cristiana*, Vol. 2 (New Haven; Philadelphia: Hezekiah Howe; Philip H. Nicklin, 1816), 253. Juan Calvino (1509-1664) fue un pastor, teólogo y reformador protestante suizo nacido en Francia.

¿Por qué es esto? ¿Por qué todos somos tan interiormente depravados? ¿Por qué es imposible que el hombre natural produzca justicia? Para responder a estas preguntas, debemos regresar al Paraíso. Allí fuimos afectados por el pecado de Adán de dos maneras. Primero, la culpabilidad de su pecado fue imputada a todos nosotros, así que somos pecadores culpables ante Dios, como Pablo nos dice gráficamente en Romanos 5:18a: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres,...”. Segundo, heredamos la contaminación de su pecado, así que somos pecadores corruptos ante Dios, concebidos y nacidos en iniquidad, como David nos dice gráficamente en Salmo 51:5: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”. De este modo, somos completamente depravados en nuestro ser interior a través de nuestra caída en Adán, tanto en nuestro estado de culpabilidad como en nuestra condición de contaminación. Isaías dijo que lo mejor de nuestra justicia —es decir, lo mejor de lo mejor de nosotros— es como “trapo de inmundicia” delante del Dios santo (Is. 64:6). Somos peores de lo que podemos imaginar. Jeremías 17:9 dice: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”. Calvino declara que nadie sabe ni siquiera el uno por ciento de su pecado. Y un antiguo proverbio común dice: “Si las faltas del mejor hombre estuvieran escritas en su frente, le haría ponerse el sombrero hasta sus ojos”³⁰.

Tenemos dos problemas a los ojos de Dios: Tenemos un mal historial y un mal corazón y, el segundo problema es, con mucho, el mayor de los dos. Cuando entendemos nuestra depravación interior en términos bíblicos (Ro. 3:9-20), vemos que esta condición —conocida por el término teológico de *pecado original*— es una carga mucho mayor que nuestros pecados actuales porque todos nuestros pecados actuales fluyen de la fuente de nuestro pecado original y de nuestro mal corazón. Pecamos porque somos depravados internamente, no porque estemos incapacitados externamente. Por eso Calvino escribe: “Todo pecado debe convencernos de la verdad general de la corrupción de nuestra naturaleza”³¹.

Cuando Pablo vislumbró las profundidades de su depravación, confesó que él era el “principal”³² pecador entre la humanidad (1 Ti. 1:15). Cuando John Bunyan vio un poco de su depravación interior, dijo que intercambia-

³⁰ Proverbios Seleccionados, Italiano, Español, Francés, Inglés, Británico, etc., Principalmente moral (*Select Proverbs, Italian, Spanish, French, English, British, etc., Chiefly Moral*) (Londres, 1707), 111.

³¹ Juan Calvino y James Anderson, Comentario al libro de Salmos (*Commentary on the Book of Psalms*), Vol. 2 (Bellingham, WA: Logos Bible Software, 2010), 290.

³² “**Principal pecador**” – “...de los cuales yo soy el primero” (1 Ti. 1:15) en la versión RVR 1960. Según la versión en inglés King James “of whom I am chief” (“de los cuales yo soy el principal”).

ría su corazón con cualquiera en toda Inglaterra³³. Lutero resume bien nuestro problema: “El pecado original está en nosotros como nuestra barba. Hoy estamos afeitados y parecemos limpios; mañana nuestra barba ha vuelto a crecer, y no deja de crecer mientras permanezcamos en la tierra. Del mismo modo, el pecado original no puede ser extirpado³⁴ de nosotros; brota en nosotros mientras vivimos”³⁵.

Tercero, la depravación total significa que el pecado está *trágicamente incluido*, es decir, que impacta terriblemente cada parte de nosotros. Hay algo terriblemente malo, no sólo con lo que somos interiormente, sino con cada aspecto de nuestro ser. Ningún elemento de nuestra personalidad es menos afectado por el pecado que otro. Nuestro intelecto, nuestra conciencia, nuestras emociones, nuestras ambiciones y nuestra voluntad, que son las ciudadelas de nuestras almas, están todas esclavizadas al pecado por naturaleza. Por eso Jesús se quejó: “Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste” (Mt. 23:27).

La depravación total no es depravación absoluta... [esto] no significa que los hombres sean animales o demonios, o que sean tan depravados como podrían ser o serán. Este mundo no es el infierno. La depravación total no significa que un incrédulo sea totalmente malvado en todo lo que hace, sino que nada de lo que hace es totalmente bueno. El hombre no está tan caído para que haya perdido toda sensibilidad hacia Dios o en su conciencia; por la benevolencia común de Dios, todavía es capaz de demostrar afecto familiar, de hacer el bien cívico y de cumplir con sus deberes como ciudadano. Es capaz de un gran heroísmo, de un gran valor físico y de grandes actos de abnegación. Sin embargo, es un pecador corrupto en todos los aspectos de su naturaleza y, como tal, es totalmente incapaz de realizar ningún bien espiritual a los ojos de Dios.

La depravación total significa que cuando Dios escudriña el corazón humano, los afectos, la conciencia, la voluntad o cualquier parte del cuerpo, encuentra cada parte dañada y contaminada por el pecado. Aparte de la gracia salvadora, cada parte se aleja de Dios y persigue activamente el pecado. Si el Espíritu nos enseña mediante nuestra experiencia personal, entenderemos la confesión de Jonathan Edwards: “Cuando miro mi corazón y veo mi maldad, parece un abismo, infinitamente más profundo que el infierno”³⁶. Como escribe D. Martyn Lloyd-Jones: “Cuando un hombre

³³ Cf. John Bunyan, Gracia abundante al primero de los pecadores (*Grace Abounding to the Chief of Sinners*) (Choteau, MT: Old Paths Gospel Press, s.f.), 88-95.

³⁴ **Extirpado** – Completamente destruido, como si fuera hasta las raíces.

³⁵ Citado en John Blanchard, El oro reunido completo (*The Complete Gathered Gold*) (Darlington, Inglaterra: Evangelical Press, 2006), 144.

³⁶ Jonathan Edwards, Las obras de Jonathan Edwards (*The Works of Jonathan Edwards*), Vol. 1 (Banner of Truth Trust, 1974), xc.

realmente se ve a sí mismo, sabe que nadie puede decir nada de él que sea demasiado malo”³⁷.

Cuarto, la depravación total significa *incapacidad*. Significa que somos activos “adictos al pecado” por naturaleza. No hay pensamiento, ni palabra, ni acto, ni área de la vida humana que no esté afectada por el pecado. Romanos 6:16 dice que somos por naturaleza esclavos del pecado: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”. Considere esto literalmente por un momento. Un esclavo era propiedad de su amo. Un esclavo no tenía tiempo, propiedad o riqueza propia. No tuvo ningún momento del que pudiera decir: “Este momento es mío; mi amo no tiene derechos sobre este momento”. Siempre fue propiedad de su amo; cada uno de sus movimientos, cada uno de sus talentos, cada una de sus posesiones era enteramente de su amo. Así que, dice Pablo, ustedes eran por naturaleza esclavos del pecado (Ro. 6:16). El pecado era tu amo. El pecado se enseñoreó de ti. El pecado estaba en control. Y, sin embargo, el pecado dio la impresión todo el tiempo de que estabas libre y a cargo de tu propio destino.

La depravación total implica, por lo tanto, una incapacidad moral. Nosotros mismos, no somos capaces de hacer nada con respecto a nuestra condición. Somos espiritualmente impotentes por naturaleza, incapaces y no deseamos la salvación. No podemos apreciar la fe cristiana y somos impotentes para trabajar hacia nuestra conversión. “No podemos hacer otra cosa que pecar”, dice Calvino, “hasta que Él (el Espíritu Santo) forme una nueva voluntad dentro de nosotros”³⁸. Por mucho que el hombre natural sea impulsado por la ley o el evangelio a creer en Cristo y apartarse del pecado, “no es capaz, por sus propias fuerzas, de convertirse o de prepararse para ello” (Confesión de Westminster, 9.3). Charles Hodge lo dice de manera conmovedora: “El rechazo del evangelio es una prueba tan clara de depravación moral, como la incapacidad de ver la luz del sol al mediodía es una prueba de ceguera”³⁹. El hombre natural puede querer estar libre de algún pecado y de las consecuencias del pecado; puede incluso hacer algún esfuerzo en esa dirección. Pero es demasiado esclavo de ella. No está simplemente “perdido” o “muriendo”, está perdido y está muerto en delitos y pecados (Ef. 2:1).

³⁷ D. Martyn Lloyd-Jones, Estudios sobre el Sermón del Monte (*Studies in the Sermon on the Mount*) (Grand Rapids: Eerdmans, 1984), 58.

³⁸ Juan Calvino, Hebreos y las Epístolas de Pedro, (*Hebrews and the Epistles of Peter*), trans. W. B. Johnston, editores David W. y Thomas F. Torrance (Grand Rapids, Eerdmans, 1963), 223-224.

³⁹ Charles Hodge, Una exposición de 2 Corintios, (*An Exposition of Second Corinthians*) (Nueva York: Robert Carter & Brothers, 1862), 84.

Cada persona en el mundo es por naturaleza un esclavo del pecado. El mundo, por naturaleza, está en manos del pecado. Qué choque para nuestra autocomplacencia: que todo de nosotros por naturaleza pertenece al pecado. Nuestros silencios pertenecen al pecado, nuestras omisiones pertenecen al pecado, nuestros talentos pertenecen al pecado, nuestras acciones pertenecen al pecado. Cada faceta de nuestra personalidad pertenece al pecado; nos posee y nos domina. Somos sus sirvientes.

La depravación total está activa en nosotros. No es simplemente la ausencia de justicia, sino la presencia de corrupción. Nuestra depravación es enormemente creativa e inventiva, siempre ideando nuevas formas de violar la voluntad de Dios. Es un cáncer creciendo dentro de nosotros, una entidad desenfrenada, productiva, energética y auto-propagadora⁴⁰. Es fuego fuera de control, una fuerza viva, feroz y poderosa. En los horrores del Holocausto, la monstruosidad del terrorismo moderno y los terribles titulares de nuestros periódicos diarios, se nos muestra de lo que es capaz nuestra naturaleza humana corrupta y activa, dadas las condiciones necesarias, si Dios nos deja solos.

Mi querido amigo no salvo, eres un “adicto al pecado”. Eres un esclavo a esta misma hora, un esclavo en tu cama esta noche, incluso cuando oras. Y serás un esclavo hasta que el poder todopoderoso de Dios te levante de la muerte espiritual, abra tus ojos ciegos, abra tus oídos sordos y rompa las cadenas de depravación que te envuelven. Y aun así, hasta tu último aliento, lucharás contra tu adicción al pecado porque permanecemos como adictos al pecado en recuperación hasta el fin (Ro. 7:24).

Finalmente, la depravación total es un recordatorio descarnado del problema final del pecado: *La paga del pecado es la muerte* (Ro 6:23). Si sirves al pecado, recibirás la paga del pecado. Éste es un universo moral. Vivimos y nos movemos, y tenemos nuestro ser en Dios. Cada aliento de nuestras vidas está en sus manos. Siembren una semilla de pecado y recogerán la cosecha del juicio. Siembra el viento de la incredulidad y cosecharás el torbellino de la destrucción. “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (He. 9:27). El juicio es siempre inminente⁴¹. Hay un momento en el cual Dios envía la factura y debemos rendir cuentas.

El hecho de la muerte física es totalmente inevitable. Tú y yo tenemos una cita unilateral⁴² con la muerte en el libro del registro eterno de Dios. La única certeza absoluta sobre cada uno de nosotros es el desgarramiento de nuestros cuerpos y nuestras almas. Pero más allá de eso, está la muerte espiritual, la separación de nuestra alma de Dios, para que perdamos la

⁴⁰ **Auto-propagador** – Capaz de reproducirse a sí mismo.

⁴¹ **Inminente** – Acercándose.

⁴² **Unilateral** – Realizado por un solo lado.

imagen de Dios y la comunión con Él, y permanezcamos bajo su maldición. Sobre todo, hay una muerte eterna: el desgarramiento del alma y del cuerpo de Dios para siempre, sin ningún alivio⁴³ de la gracia común. La muerte eterna es el infierno, la realidad solemne y asombrosa que el libro del Apocalipsis llama “el lago que arde con fuego y azufre... la segunda muerte” (21:8). El infierno es la cloaca del universo. Es ese espantoso incinerador cósmico en el que un día, el Dios Todopoderoso recogerá la basura del mundo, ese lugar que está siempre bajo su Ira sin diluir, donde el gusano de la memoria no muere, donde está el falso profeta, donde están el Dragón y la Bestia (Ap. 12-13), y donde todos estarán, a menos que traten con su pecado. El infierno es la lógica detrás del pecado. Es la respuesta divina a la impenitencia persistente y a la desobediencia final. La contaminación es el precursor de la perdición. Y el infierno es lo que Dios finalmente piensa del pecado impenitente y de la depravación total.

La Escritura enseña la pecaminosidad del pecado y la depravación. Pero declara que el pecado y la depravación son anomalías⁴⁴. En última instancia, están más allá de toda razón. No se los puede describir como demasiado atroces y ruines. Representan el colmo de la estupidez y la locura espiritual. La magnitud de nuestro pecado y depravación exhibe la magnitud o dimensión de nuestra necesidad del camino de salvación del evangelio de Dios.

De Viviendo para la gloria de Dios (*Living for God's Glory*) (Lake Mary, FL: Reformation Trust Publishing, 2008), 51-58; usado con permiso.

Joel R. Beeke: Autor, teólogo y pastor estadounidense. Presidente del Seminario Teológico Puritano Reformado, donde es maestro de Teología Sistemática y Homilética.



El corazón en la Escritura se usa de varias maneras, a veces para la mente y la comprensión, a veces para la voluntad, a veces para los afectos, a veces para la conciencia, a veces para el alma entera. Generalmente, denota toda el alma del hombre y todas sus facultades, no absolutamente, sino, cómo todos ellos, son un principio de las operaciones morales, ya que todos coinciden en nuestro hacer el bien o el mal... Y, en este sentido, es que decimos que la sede y el sujeto de esta ley de pecado es el corazón del hombre. —*John Owen*

⁴³ **Alivio** – Reducir algo desagradable.

⁴⁴ **Anomalías** – Desviaciones de la regla general; anormalidades.

LA DEPRAVACIÓN DEL CORAZÓN

Thomas Reade (1776-1841)

LA corrupción del género humano después de la caída fue radical y universal: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). Parecería sorprendente que alguien leyera este pasaje de la Biblia y, sin embargo, negara la doctrina de la depravación humana, si no conociéramos la ceguera natural del entendimiento por razón del pecado.

Sin embargo, una dolorosa verdad está claramente enunciada: el corazón del hombre es malo. Y para que esta solemne verdad pueda ser puesta en una luz más fuerte, se añade además que, no sólo los pensamientos, sino también la imaginación de los pensamientos de su corazón son malos. Por esta declaración, aprendemos cómo la Caída ha corrompido todo el funcionamiento secreto de la mente humana, ya que el bosquejo mismo o el esquema básico de los pensamientos, está contaminado.

Si la fuente está envenenada de esta manera, ¿podemos sorprendernos por esos arroyos mortales que salen de ella? Todos los que se conocen a sí mismos a través de la enseñanza del Espíritu divino pueden dar testimonio de la verdad de esta Escritura desde su propia experiencia. “El corazón conoce la amargura de su alma” (Pr. 14:10). ¡Oh, que la gracia soberana derribe toda imaginación orgullosa y pecaminosa que sea contraria a la santa ley de Dios y lleve cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo!

Algunos, confiando en que el hombre posee algo de bondad natural, tal vez puedan decir: “Es cierto que, a menudo, los pensamientos se contaminan; pero, ¿no debemos reconocer algunos restos de virtud? ¿Qué dice la Escritura? “...que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. (Gn. 6:5). Asumiendo que esto es cierto, ¿no puede haber alguna mezcla del bien con el mal? ¿Qué dice la Escritura? “...que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. Admitiendo esto, ¿no puede haber algunos momentos de bondad? ¿Qué dice la Escritura? “... que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. Si éste es, en verdad, el estado del corazón del hombre, ¿no puede ser que los inocentes tiempos de la juventud sean un indulto de este terrible cargo? ¿Qué dice la Escritura? “Porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud” (Gn. 8:21). “Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron” (Sal. 58:3). “La necedad está ligada en el corazón del muchacho” (Pr. 22:15). “...porque la adolescencia y la juventud son vanidad” (Ec. 11:10). Y, como si estuviera decidido a humi-

llar el orgullo del hombre caído y a poner la doctrina del pecado original fuera de toda duda, David, hablando bajo la influencia del Espíritu de la Verdad, declara: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5).

Podrían aducirse muchos pasajes pertinentes e importantes, todos los cuales atestiguan esta solemne verdad del pecado original. “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). “¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?” (Job 15:14). “¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer?” (Job 25:4). Así pues, concluimos, con inspiración divina, que somos “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:3); que “no hay justo, ni aun uno” (Ro. 3:10).

¡Oh alma mía! No discutas con tu Creador justamente ofendido, sino confiesa tu culpa, tanto la original como la presente. Buscad la gracia de permanecer a sus pies y de aceptar con corazón gozoso los ofrecimientos de gracia, de perdón y de paz, que tan gratuitamente se os hacen a través del gran sacrificio propiciatorio⁴⁵ de su Hijo amado.

La gracia de Dios cuando se ve, como siempre debe ser, en relación con el miserable estado del hombre pecador, brilla como el hermoso arco iris sobre la nube oscura. Sus hermosos tonos alegran y deleitan la mente en medio de la oscuridad que la rodea.

Cuán consoladoras son para un alma contrita bajo un sentido de culpa, las siguientes promesas: “Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije ¡Vive! Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!” (Ez. 16:6). Luego viene la fuente de la misericordia: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jer. 31:3).

Pero, ¿cómo puede una criatura contaminada agradar a un Dios puro y santo? Contemplan los efectos de la gracia soberana: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ez. 36: 25-27).

La seguridad y perseverancia de los redimidos está dulcemente declarada en la siguiente maravillosa promesa: “Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos. Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de

⁴⁵ **Propiciatorio** – Tener poder para expiar.

hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jer. 32:39-40).

El apoyo y el éxito final también se prometen al creyente bajo las diversas pruebas y dificultades para que pueda ser llamado a soportar la causa de su Dios y Salvador del pacto: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10). “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador” (Is. 43:2-3).

Para el consuelo presente y eterno del creyente, se declara por gracia un perdón completo y gratuito de todo pecado: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (Is. 43:25). “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí” (Is. 44:22)...

Bien puede el pecador rescatado exclamar: “Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado. He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí” (Is. 12:1-2). “Te exaltaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre. Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre eternamente y para siempre” (Sal. 145:1-2). “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” (Sal. 103:1-4). “Bendito Jehová Dios, el Dios de Israel, el único que hace maravillas. Bendito su nombre glorioso para siempre, y toda la tierra sea llena de su gloria. Amén y Amén” (Sal. 72:18-19).

De Ejercicios espirituales del corazón (*Spiritual Exercises of the Heart*), Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org. Usado con permiso.



UNA MENTE DEPRAVADA Y CORRUPTA

John Owen (1616-1683)

LA Escritura enseña que la voluntad del hombre y los deseos del corazón son corruptos y depravados. Esto es visto como debilidad o impotencia, y conduce a la terquedad y la obstinación. El alma entera yace en un estado de muerte espiritual.

Las tinieblas espirituales están en todos los hombres y recaen sobre todos los hombres hasta que Dios, por medio de la obra todopoderosa del Espíritu Santo, resplandece en los corazones de los hombres o crea luz en ellos (Mt. 4:16; Jn. 1:5; Hch. 26:18; Ef. 5:8; Col. 1:13; 1 P. 2:9)... La naturaleza de estas tinieblas espirituales debe ser entendida. Cuando los hombres no tienen luz para ver, entonces están en tinieblas (Éx. 10:23). Los ciegos están en tinieblas, ya sea por nacimiento, por enfermedad o accidente (Sal. 69:23; Gn. 19:11; Hch. 13:11). Un hombre, espiritualmente ciego, está en tinieblas espirituales y es ignorante de las cosas espirituales.

Hay una oscuridad exterior *sobre* el hombre y una oscuridad interior *dentro* del hombre. Oscuridad exterior es cuando los hombres no tienen esa luz que les permite ver. Entonces, la oscuridad exterior está sobre los hombres cuando no hay nada que los ilumine sobre Dios y las cosas espirituales (Mt. 4:16; Sal. 119:105; Sal. 19:1-4, 8; 2 P. 1:19; Ro. 10:15, 18). Es obra del Espíritu Santo quitar esta oscuridad enviando la luz del evangelio (Hch. 13:2, 4; 16:6-10; Sal. 147:19, 20).

Por otro lado, la oscuridad *interior* surge de la depravación y corrupción natural de las mentes de los hombres con respecto a las cosas espirituales. La mente del hombre es depravada y corrompida en cosas que son naturales, civiles, políticas y morales, así como en cosas que son espirituales, celestiales y evangélicas. Esta depravación, a menudo, se ve impedida de tener sus efectos completos por la gracia común del Espíritu Santo. Entonces, al oscurecerse la mente del hombre, es incapaz de ver, recibir, comprender o creer para salvar su alma. Las cosas espirituales o los misterios del evangelio, no pueden traer la salvación sin que el Espíritu Santo primero, cree dentro del alma una nueva luz por la cual puedan ver y recibir esas cosas.

Por muy brillante que sea la mente y por muy brillante que sea la predicación y presentación del evangelio, sin que el Espíritu Santo cree esta luz en ellos, no pueden recibir, entender y estar de acuerdo con las verdades predicadas y, por lo tanto, no serán guiados a la salvación (Ef. 4:17-18). Así pues, los no regenerados “andan en la vanidad [futilidad] de su mente” (Ef. 4:17). La inclinación natural de la mente no regenerada es buscar las cosas que no pueden satisfacer (Gn. 6:5).

Es una mente inestable (Pr. 7:11-12). El entendimiento no regenerado se oscurece y no puede juzgar las cosas correctamente (Jn. 1:5). El corazón no regenerado está ciego. En la Escritura, el corazón también incluye la voluntad. La luz es recibida por la mente, aplicada por el entendimiento y utilizada por el corazón. “Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas...” —dijo Jesús—, “... ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?” (Mt. 6:23).

Hay tres cosas que surgen de la futilidad⁴⁶ natural de la mente en su condición depravada entre los creyentes. En primer lugar, hace que el creyente vacile y sea inestable e inconstante en los deberes sagrados de meditación, oración y escucha de la Palabra. La mente deambula y se distrae con muchos pensamientos mundanos. En segundo lugar, esta inestabilidad es la causa de las recaídas en los creyentes, llevándolos a conformarse al mundo, y a sus hábitos y costumbres, que son vanos y tontos. Y, en tercer lugar, esta futilidad de la mente engaña a los creyentes para que provean para la carne y los deseos de la carne. Puede y, a menudo, conduce a la autocomplacencia.

Para obtener la victoria sobre esta mente corrupta y fútil, debemos fijar nuestras mentes y deseos en las cosas espirituales que nos muestra el Espíritu Santo. Pero al fijar nuestras mentes en las cosas espirituales, debemos observar que la mente no vuelva a caer en pensamientos e ideas vanas, insensatas e inútiles. Debemos adquirir el hábito de meditar en cosas santas y espirituales (Col. 3:2). Debemos ser humillados al darnos cuenta de cuán insensatas y vanas son nuestras mentes.

La mente no regenerada es perversa y depravada, así que los hombres son “ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18). Esta separación de la vida de Dios es porque sus mentes son pecaminosas y depravadas (Col. 1:21).

La vida de Dios de la cual los hombres están extraviados, es la vida que Dios requiere de nosotros para que podamos agradecerle aquí y disfrutar de Él en el futuro (Ro. 1:17; Gá. 2:20; Ro. 6 y 7). Es la vida que Dios obra en nosotros... espiritualmente por su gracia (Ef. 2:1, 5; Fil. 2:13). Es la vida por la cual vivimos para Dios (Ro. 6 y 7). Dios es la meta suprema de esa vida, ya que Él es también el creador de esa vida.

Por medio de esta vida, buscamos hacer todas las cosas para la gloria de Dios (Ro. 14:7-8). Por esta vida, llegamos al gozo eterno de Dios como nuestra bendición y recompensa eterna (Gn. 15:1). La vida de Dios es aquella vida por la cual Dios vive en nosotros por medio de su Espíritu a través de Jesucristo (Gá. 2:20; Col. 3:3). Es aquella vida cuyos frutos son la santidad y la obediencia espiritual evangélica (Ro. 6:22; Fil. 1:11). Y esta vida de Dios nunca muere porque es eterna (Jn. 17:3).

⁴⁶ **Futilidad** – Inutilidad. De *fútil*: Pequeño, frívolo, nimio, insustancial, vano.

Ahora, la mente no regenerada está extraviada de esta vida de Dios, y esta separación se revela de dos maneras. Se revela por la falta de voluntad y la incapacidad de la mente inconversa para recibir las cosas concernientes a esta vida de Dios (Lc. 24:25; He. 5:11-12; Jer. 4:22). También se revela por la mente inconversa que escoge cualquier otra vida que no sea la vida de Dios (1 Ti. 5:6; Stg. 5:5; Ro. 7:9; 9:32; 10:3). Aunque la mente inconversa es altamente educada y talentosa, es totalmente incapaz de recibir y entender espiritualmente esas cosas necesarias para su salvación eterna. No responderá a la predicación del evangelio hasta que sea renovada, iluminada y capacitada para hacerlo por el Espíritu Santo: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). El tema de este versículo es el hombre natural (*el hombre no regenerado*). El hombre natural es muy opuesto al hombre espiritual (1 Co. 15:44; Jud. v. 19)...

En el versículo catorce, vemos cosas opuestas al hombre natural. Estas cosas son “las cosas del Espíritu de Dios”. ¿Qué son estas cosas del Espíritu de Dios que son opuestas al hombre natural? He aquí algunas de ellas, todas del capítulo 2 de 1 Corintios: “A Jesucristo, y a éste crucificado” (2:2); “la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria” (2:7); “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (2:12); “la mente de Cristo” (2:16).

Estas son las cosas del Espíritu de Dios. Estas son cosas que no pueden ser recibidas excepto por la soberana y sobrenatural iluminación. Estas son las cosas que “ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co. 2:9). Son cosas del consejo eterno de Dios. Estas son las cosas que la mente del hombre, en su primera creación, no tenía idea de que existían (Ef. 3:8-11).

Se pueden decir dos cosas del hombre natural y las cosas del Espíritu de Dios. Primero, que él no las *recibe*. Y segundo, que él no puede *conocerlas*.

En esta doble afirmación, aprendemos, en primer lugar, que el poder de recibir cosas espirituales se le niega al hombre natural (Ro. 8:7). No puede recibirlas porque son discernidas espiritualmente. Aprendemos, en segundo lugar, que el hombre natural las rechaza voluntariamente. Esto está implícito en las palabras “no recibe las cosas del Espíritu de Dios”. Y las rechaza porque le parecen tontas. El hombre natural no puede, no quiere y no recibe las cosas del Espíritu de Dios. Puede conocer el sentido literal de las doctrinas que se le presentan. Puede saber que Jesucristo fue crucificado, pero hay una gran diferencia entre recibir doctrinas como meras declaraciones que se le presentan y conocer la realidad que esas declaraciones presentan.

El hombre natural puede conocer el camino de la justicia como una simple declaración (2 P. 2:21). También puede saber otras cosas, simplemente como ideas que le han sido presentadas (Tit. 1:16; Ro. 2:23-24). Pero estas verdades no tienen ningún efecto transformador en su vida. El hombre espiritual, por otro lado, las conoce en realidad y tienen un efecto transformador en su vida (Ro. 12:2; Ef. 4:22-24).

Ahora bien, antes de que las cosas espirituales puedan ser recibidas, dos cosas son necesarias. Es necesario que las entendamos, estemos de acuerdo con ellas y las recibamos porque están de acuerdo con la sabiduría, santidad y justicia de Dios (1 Co. 1:23-24). Esto también es necesario para que veamos cuán bien adaptados están para glorificar a Dios, la salvación de los pecadores y llevar a la Iglesia a la gracia y la gloria.

El hombre natural no puede hacer esto. Sin embargo, puede recibir exhortaciones, promesas, mandamientos y amenazas en el evangelio (1 Jn. 5:20). Pero para él, la sabiduría de Dios es una locura. Pablo dice: “Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Co. 1:25). Pero para el hombre natural son una tontería.

El hombre natural no puede conocer las cosas espirituales porque es el Espíritu de Dios quien dota a las mentes de los hombres de esa habilidad, y la luz misma por la cual sólo las cosas espirituales pueden ser discernidas espiritualmente, es creada en nosotros por un acto todopoderoso del poder de Dios (2 Co. 4:6)... El hombre natural no puede discernir las cosas espirituales para marchar hacia la salvación de su alma porque su mente está oscurecida por su propia depravación. Ésta es la miseria de nuestras personas y el pecado de nuestra naturaleza. Pero no puede ser usado como excusa en el Día del Juicio para no recibir cosas espirituales.

También hay en las mentes de los hombres no regenerados una incapacidad moral por la cual la mente nunca recibirá cosas espirituales porque está dirigida y gobernada por varias lujurias, corrupciones y prejuicios. Estos están tan fijados en la mente no regenerada que le hacen pensar que las cosas espirituales son tontas (Jn. 6:44; 5:40; 3:19).

Pablo nos enseña que Cristo “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13). En este versículo, se dice que somos liberados del “poder de las tinieblas” (Ef. 5:11; Hch. 26:18; Is. 60:2; Ef. 2:2; 2 Co. 4:4). Pedro habla de “prisiones de oscuridad” (2 P. 2:4). De éstos no hay escapatoria.

Esta oscuridad llena la mente de enemistad contra Dios y contra todas las cosas de Dios (Col. 1: 21; Ro. 8:7). Si Dios es grande en bondad y belleza, ¿por qué le odian los hombres? Este odio surge de esta oscuridad, que es la corrupción y depravación de nuestra naturaleza. Esta oscuridad llena la mente de lujurias perversas que resisten la voluntad de Dios (Ef. 2:3; Fil. 3:19; Col. 2:18; Ro. 8:5). Esta oscuridad llena la mente de prejuicios contra todas las

cosas espirituales y la mente es totalmente incapaz de liberarse de estos prejuicios. La mente oscura ve primero las cosas que desea. Luego, más tarde, reconoce esos deseos en sí mismo. Pero cuando los hombres son llamados a buscar a Dios por encima de todos los demás deseos, entonces esto se considera una tontería porque la mente inconversa piensa que las cosas espirituales nunca traerán contentamiento, felicidad y satisfacción. En particular, la mente no regenerada tiene un sesgo especial en contra del evangelio.

Ahora bien, en el evangelio se predicán dos cosas: En primer lugar, están aquellas cosas que pertenecen sólo al evangelio y que no tienen nada de la Ley o de la luz de la naturaleza. Vienen a nosotros sólo por revelación y son únicas al evangelio. Ellas son las que hacen que el Evangelio sea el Evangelio. Y son todas esas cosas concernientes al amor y la voluntad de Dios en Cristo Jesús (1 Co. 2:2; Ef. 3:7-11).

En segundo lugar, están las cosas declaradas en el evangelio que tienen su fundamento en la Ley y en la luz de la naturaleza. Estos son todos los deberes morales. Estos deberes morales son conocidos en cierta medida aparte del evangelio (Ro. 1:19; 2:14-15). Hay en todos los hombres una obligación de obedecer estas leyes morales de acuerdo a la luz que se les ha dado.

Ahora, es en este estado que el evangelio añade dos cosas a la mente de los hombres. En primer lugar, muestra la manera correcta de obedecer. Muestra que la obediencia sólo puede surgir de un corazón regenerado que ya no está en enemistad con Dios. También muestra que el propósito de la obediencia es traer gloria a Dios. Muestra que no podemos obedecer *hasta* que hayamos sido reconciliados con Dios por medio de Jesucristo. Todas estas cosas ponen los deberes morales en un nuevo marco —el marco del evangelio—.

En segundo lugar, al darnos su Espíritu, Dios nos fortalece y nos permite obedecer de acuerdo al marco del evangelio. El evangelio nos declara las cosas que hacen que la obediencia al evangelio sea obediencia al evangelio y no obediencia legal (1 Co. 15:3; Ro. 6:17; Gá. 4:19; Tit. 2:11, 12; 1 Co. 13:11; 2 Co. 3:18): Primero, el evangelio enseña los misterios de la fe y los pone como fundamento de la fe y la obediencia. Segundo, el evangelio injerta entonces, todos los deberes de obediencia moral en este árbol de fe en Jesucristo. Esto es lo que Pablo hace en sus epístolas. Comienza enseñando los misterios de la fe cristiana. Entonces, sobre la base de estos misterios y maravillas del evangelio que nos ha traído la gracia y la misericordia de Dios, enseña que, por gratitud, debemos buscar agradar a Aquel que tanto nos amó obedeciéndole...

Así que, mientras la mente del hombre permanezca sin regenerarse, no hay esperanza de que el alma salga de las tinieblas hacia la luz del glorioso evangelio de Cristo.

Conclusión: La mente en el estado de la naturaleza, es tan depravada y corrupta que no es capaz de entender, recibir y abrazar las cosas espirituales. Por lo tanto, mientras la mente permanezca sin regenerarse, el alma no puede ni quiere recibir a Cristo para salvación, ni puede ser hecha santa y

apta para el cielo. El corazón y la voluntad no pueden actuar independientemente de la mente. La voluntad no es libre de actuar por sí sola. El ojo es la luz natural del cuerpo. Por medio del ojo, el cuerpo es conducido con seguridad alrededor de obstáculos peligrosos, y así se evita que se lastime a sí mismo. Pero si el ojo está ciego o está rodeado de oscuridad y, por lo tanto, no puede ver, entonces el cuerpo no tiene idea a dónde va e, inevitablemente, chocará con objetos o tropezará con obstáculos.

Lo que el ojo es para el cuerpo, la mente es para el alma. Si la mente ve la gloria y la belleza de Cristo y su salvación presentada en el evangelio, estimulará al corazón para desearlas como verdaderamente buenas y a la voluntad para recibirlas y abrazarlas. Pero si la mente es ignorante del evangelio o está cegada por el prejuicio, entonces el corazón no se despertará para desear a Cristo ni se le instará a abrazarlo. Si la mente es engañada, tanto la voluntad como el corazón serán engañados también. Donde la mente es depravada, también lo será el corazón (Ro. 1:28-32; 1 Ti. 2:14; He. 3:12, 13; 2 Co. 11:3).

Vemos pues, cuán importantes son las palabras de Jesús cuando dijo: “Os es necesario nacer de nuevo” (Jn. 3:7).

De El Espíritu Santo (*The Holy Spirit*), compendio R. J. K. Law (Edimburgo; Carlisle: The Banner of Truth Trust, 1998), 56-66. Disponible en inglés en ediciones impresas y electrónicas en www.banneroftruth.org
Usado con permiso.

John Owen (1616-1683): Pastor congregacional inglés, autor y teólogo. Nacido en Stadhampton, Oxfordshire, Reino Unido.



Ahora, ¿cuál es el *corazón* en el lenguaje de las Escrituras? *Corazón*, en el lenguaje de la psicología bíblica, significa “el centro de la vida personal y moral”. En el uso bíblico, se incluye el *intelectual*, así como todos los demás movimientos del alma. Sin duda, sin embargo, aunque es considerado como el hogar de todo fenómeno interno —mental, emocional, moral—, denota más particularmente lo que constituye el *carácter*. Es lo que determina todo el ser moral: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). Claramente, por lo tanto, cuando se habla del corazón como la sede del pecado, esto indica la naturaleza radical de la corrupción humana. No consiste en palabras, actos, apariencias. Estos simplemente lo muestran, porque reina en su interior. Ha contaminado las raíces de la vida, las fuentes formativas del carácter. Así se explica su influencia sobre todos los poderes y facultades, su efecto cegador sobre la autoconciencia. El pecado, del cual Dios ha resucitado para redimirnos, está donde sólo Dios debe habitar, en la fuente de nuestro ser moral y espiritual. *Mente* y *corazón*, como estos términos se usan en la Biblia en general, nunca implican la distinción entre la naturaleza *intelectual* y la *emocional* que denotan en el lenguaje popular. La doctrina escritural de la corrupción, por lo tanto, de acuerdo con su propia simple psicología, es ésta: el corazón, es decir, la fuente del ser del hombre, es corrupto. Por lo tanto, todos sus actos o, como deberíamos decir, el alma entera en todos sus poderes y facultades,

[están] pervertidos. —*John Laidlaw*

LA INCAPACIDAD HUMANA

Loraine Boettner (1901-1990)

DECLARACIÓN de la doctrina: En la Confesión de Westminster, la doctrina de la incapacidad total se establece de la siguiente manera: “El hombre, por su caída en un estado de pecado, ha perdido por completo toda capacidad de voluntad para obtener cualquier bien espiritual que acompañe a la salvación; así como un hombre natural, completamente reacio al bien y muerto en pecado, no es capaz, por su propia fuerza, de convertirse a sí mismo, o prepararse para ello”.

Pablo, Agustín⁴⁷ y Calvino tienen como punto de partida, el hecho de que toda la humanidad pecó en Adán y que todos los hombres están sin excusa (Ro. 2:1). Una y otra vez, Pablo nos dice que estamos muertos en delitos y pecados, alejados de Dios e indefensos. Al escribir a los cristianos de Éfeso, les recordó que antes de recibir el Evangelio estaban “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Allí notamos el énfasis quíntuple al apilar frase sobre frase para enfatizar esta verdad.

El alcance y los efectos del pecado original: Esta doctrina de la inhabilidad total, que declara que los hombres están muertos en pecado, no significa que todos los hombres sean igualmente malos, ni que cualquier hombre sea tan malo como podría serlo, ni que alguien sea completamente destituido de la virtud, ni que la naturaleza humana sea mala en sí misma, ni que el espíritu del hombre sea inactivo y, mucho menos, que el cuerpo esté muerto. Lo que sí significa es que desde la Caída, el hombre yace bajo la maldición del pecado el cual es activado⁴⁸ por principios equivocados y que es totalmente incapaz de amar a Dios o de hacer algo que merezca la salvación...

Es en este sentido que el hombre desde la Caída “está totalmente indispuesto, incapacitado, hace lo opuesto a todo lo bueno y está totalmente inclinado a todo lo malo”⁴⁹. Posee un sesgo fijo de la voluntad contra Dios e, instintiva y voluntariamente, se vuelve hacia el mal. Es un extranjero de nacimiento y un pecador por elección. La incapacidad bajo la cual trabaja no es una incapacidad para ejercer voluntades, sino una incapacidad para estar dispuesto a ejercer voluntades santas. Y es esta faceta, la que llevó a

⁴⁷ **Aurelio Agustín** (354-430 d.C.) – Obispo de Hipona, teólogo de la Iglesia primitiva, conocido por muchos como el padre de la teología ortodoxa; nacido en Tagaste, Norte de África.

⁴⁸ **Activado** – Motivado.

⁴⁹ Confesión de fe de Westminster, Declaración de Saboya y 1677/89. Segunda Confesión Bautista de Londres 6.4.

Lutero a declarar que “el libre albedrío es una frase vacía, en la cual la realidad se ha perdido. La libertad perdida, según mi gramática, no es libertad en absoluto”⁵⁰. En lo que concierne a su salvación, el hombre no regenerado no tiene libertad para elegir entre el bien y el mal, sino sólo para elegir entre el mal mayor y el menor, que no es propiamente libre albedrío. El hecho de que el hombre caído todavía tenga la habilidad de hacer ciertos actos moralmente buenos en sí mismos, no prueba que pueda hacer actos que merezcan la salvación, pues sus motivos pueden ser totalmente erróneos.

El hombre es un agente libre, pero no puede originar el amor de Dios en su corazón. Su voluntad es libre en el sentido de que no está controlada por ninguna fuerza fuera de sí mismo. Así como el pájaro con el ala rota es “libre” para volar, pero no puede, así el hombre natural es libre para venir a Dios, pero no puede. ¿Cómo puede arrepentirse de su pecado cuando él lo ama? ¿Cómo puede acercarse a Dios cuando lo odia? Ésta es la incapacidad de la voluntad bajo la cual el hombre trabaja. Jesús dijo: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn. 3:19) y otra vez: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:40). La ruina del hombre reside principalmente en su propia voluntad perversa. No *puede* venir porque no *quiere*. La ayuda es suficiente si sólo está dispuesto a aceptarla. Pablo nos dice: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Ro. 8:7).

Asumir que porque el hombre tiene la habilidad de amar, por lo tanto tiene la habilidad de amar a Dios, es tan sabio como asumir que ya que el agua tiene la habilidad de fluir, por lo tanto tiene la habilidad de fluir hacia arriba; o razonar que debido a que un hombre tiene el poder de lanzarse desde la cima de un precipicio⁵¹ hacia abajo, tiene el mismo poder para transportarse de abajo hacia arriba.

El hombre caído no ve nada deseable en Aquel que es “todo él codiciable... señalado entre diez mil” (Cnt. 5:16, 10). Puede que admire a Jesús como hombre, pero no quiere tener nada que ver con Él como Dios y resiste las influencias santas externas del Espíritu con todo su poder. El pecado, se ha convertido en su elemento natural, de tal suerte que no tiene ningún deseo de salvación; olvidando por completo la justicia. La naturaleza caída del hombre da lugar a una ceguera, estupidez y oposición muy obstinada⁵² con respecto a las cosas de Dios. Su voluntad está bajo el control de un

⁵⁰ Martín Lutero, Obras de Lutero (*Luther's Works*), Volumen 33: Career of the Reformer III, ed. Jaroslav Jan Pelikan, Hilton C. Oswald, y Helmut T. Lehmann, Vol. 33 (Philadelphia: Fortress Press, 1999), 116.

⁵¹ **Precipicio** – Lugar escarpado, empinado.

⁵² **Obstinado** – Endurecido en la maldad contra la influencia moral.

entendimiento oscuro, que pone dulce por amargo y amargo por dulce, bueno por malo y malo por bueno (Is. 5:20). En lo que se refiere a su relación con Dios, sólo quiere lo que es malo y lo desea libremente. La espontaneidad y la esclavitud existen realmente juntas.

En otras palabras, el hombre caído es tan moralmente ciego que prefiere y escoge el mal en vez del bien de manera uniforme, como lo hacen los ángeles caídos o los demonios. Cuando el cristiano es completamente santificado⁵³, llega a un estado en el que prefiere y elige uniformemente el bien, como lo hacen los santos ángeles. Ambos estados son consecuentes con la libertad y la responsabilidad de los agentes morales. Sin embargo, mientras el hombre caído actúa así imperceptiblemente, nunca es obligado a pecar, sino que lo hace libremente y se deleita en ello. Sus disposiciones y deseos son tan inclinados, y él actúa consciente y voluntariamente desde el movimiento espontáneo del corazón. Este sesgo natural o apetito por lo malo es característico de la naturaleza caída y corrupta del hombre, de modo que, como dice Job, el hombre es “abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua” (Job 15:16).

Leemos que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). No podemos entender cómo alguien puede tener una visión clara y de sentido común de este pasaje de las Escrituras y, sin embargo, luchar a favor de la doctrina de la capacidad humana para hacer el bien. El hombre en su estado natural ni siquiera puede *ver* el reino de Dios, mucho menos puede entrar en él. Una persona inculta puede ver una hermosa obra de arte como un objeto de visión, pero no tiene ninguna apreciación de su excelencia. Puede que vea las figuras de una ecuación matemática compleja, pero no tienen ningún significado para él. Los caballos y el ganado pueden ver la misma hermosa puesta de sol u otro fenómeno en la naturaleza que los hombres ven, pero están ciegos a toda la belleza artística. Así es cuando el evangelio de la cruz es presentado al hombre no regenerado. Puede que tenga un conocimiento intelectual de los hechos y doctrinas de la Biblia, pero carece de todo discernimiento espiritual de su excelencia y no se deleita en ellos. Lo mismo sucede con Cristo, quien para un hombre es un ser sin forma ni encanto para desearlo; pero para otro es el Príncipe de la vida y el Salvador del mundo, Dios manifestado en la carne, a quien es imposible no adorar, amar y obedecer.

Esta incapacidad total, sin embargo, surge, no sólo de una naturaleza moral pervertida, sino también de la ignorancia. Pablo escribió que los gentiles “andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay,

⁵³ Es completamente santificado – Cuando llega al cielo.

por la dureza de su corazón” (Ef. 4:17-18). Y otra vez: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Co. 1:18). Cuando escribió acerca de cosas que “Ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Co. 2:9), se refirió, no a las glorias del estado celestial, como se supone comúnmente, sino a las realidades espirituales de esta vida que no pueden ser vistas por la mente no regenerada, como se pone de manifiesto en las palabras del versículo siguiente: “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Co. 2:10). En una ocasión, Jesús dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt. 11:27). Aquí se nos dice claramente que el hombre en su naturaleza no regenerada y no iluminada, no conoce a Dios en ningún sentido digno, y que el Hijo es soberano en la elección de quién entrará en este conocimiento salvador de Dios.

El hombre caído, entonces, carece del poder del discernimiento espiritual. Su razón o entendimiento está cegado y, tanto sus gustos como sus sentimientos, son pervertidos. Y puesto que este estado de su mente es innato⁵⁴ como condición de la naturaleza del hombre, está más allá del poder de su voluntad el cambiarlo. Más bien, controla tanto los afectos como sus preferencias. El efecto de la regeneración⁵⁵ se enseña claramente en la comisión divina que Pablo recibió en su conversión cuando se le dijo que debía ser enviado a los gentiles “para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios” (Hch. 26:18).

Jesús enseñó la misma verdad bajo otra figura cuando dijo a los fariseos: “¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer” (Jn. 8:43-44). Ellos no podían entender, ni siquiera escuchar, sus palabras de una manera inteligible. Para ellos sus palabras eran sólo tontearías, locura y lo acusaron de ser poseído por un demonio (Jn. 8:48, 52). Sólo sus discípulos podían conocer la verdad (Jn. 8:31-32); los fariseos eran hijos del diablo (Jn. 8:42, 44) y esclavos del pecado (Jn. 8:34), aunque se creían libres (Jn. 8:33).

En otro tiempo, Jesús enseñó que no puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Y puesto que en este símil, los árboles buenos y malos representan a los hombres buenos y malos, ¿qué significa sino que una clase de hombres está gobernada por un conjunto de prin-

⁵⁴ **Innato** – Que existe en una persona desde su nacimiento.

⁵⁵ **Regeneración** – El acto de gracia de Dios de crear vida espiritual en un pecador por el poder del Espíritu Santo, resultando en arrepentimiento y fe. Ver FGB 202, *The New Birth*, en inglés (El nuevo nacimiento), disponible en CHAPEL LIBRARY.

cipios básicos, mientras que la otra clase está gobernada por otro conjunto de principios básicos? Los frutos de estos dos árboles son actos, palabras, pensamientos que, si son buenos, proceden de una buena naturaleza y, si son malos, proceden de una mala naturaleza. Es imposible entonces, que la misma raíz produzca frutos de diferentes tipos. Por lo tanto, negamos la existencia en el hombre de un poder que pueda actuar de cualquier manera sobre la base lógica de que, tanto la virtud como el vicio, no pueden salir de la misma condición moral del agente. Y afirmamos que las acciones humanas que se relacionan con Dios, proceden de una condición moral que necesariamente produce buenas acciones o de una condición moral que necesariamente produce malas acciones.

“En la Epístola a los Efesios, Pablo declara que antes de la vivificación del Espíritu de Dios, cada alma yace muerta en transgresiones y pecados. Ahora, seguramente se puede asegurar que estar muerto y estar muerto en pecado, es evidencia clara y positiva de que no queda ni aptitud ni poder para la realización de ninguna acción espiritual. Si un hombre está muerto, en un sentido natural y físico, de inmediato se declara su inhabilidad para realizar cualquier acción física. Un cadáver no puede actuar de ninguna manera y un hombre que se atreve a afirmar lo contrario sería recordado como alguien que ha perdido el juicio. Si un hombre está muerto espiritualmente, por lo tanto, es igualmente evidente que es incapaz de realizar ninguna acción espiritual, y, por lo tanto, la doctrina de la incapacidad moral del hombre descansa sobre una fuerte evidencia bíblica”⁵⁶.

“Según el principio de que nada limpio puede salir de lo que es impuro (Job 14:4), todos los que nacen de mujer son declarados ‘abominables y sucios’, para cuya naturaleza sólo la iniquidad es atractiva (Job 15:14-16). Por consiguiente, para volverse pecadores, los hombres no esperan hasta que llega la edad de su uso de razón. Más bien, son apóstatas desde el vientre y, tan pronto como nacen, se desvían, diciendo mentiras (Sal. 58:3); incluso son moldeados en la iniquidad y concebidos en el pecado (Sal. 51:5). La propensión (רָצוֹן) de su corazón es mala desde su juventud (Gn. 8:21) y es del corazón de donde todos los asuntos de la vida proceden (Pr. 4:23; 20:11). Los actos de pecado, por lo tanto, no son sino la expresión del corazón natural, que es engañoso sobre todas las cosas y está desesperadamente enfermo (Jer. 17:9)”⁵⁷.

Ezequiel presenta esta misma verdad en un lenguaje gráfico y nos da la imagen de la recién nacida indefensa que fue arrojada afuera en su sangre y dejada a morir, pero que el Señor, en su gracia, encontró y cuidó (Ez. 16).

⁵⁶ Ben A. Warburton, *Calvinismo (Calvinism)* (Grand Rapids: Eerdmans, 1955), 48.

⁵⁷ Benjamin B. Warfield, *Las obras de Benjamin B. Warfield: Doctrinas bíblicas (The Works of Benjamin B. Warfield: Biblical Doctrines)*, Vol. 2 (Bellingham, WA: Logos Bible Software, 2008), 440.

Esta doctrina del pecado original supone que los hombres caídos tienen la misma clase y grado de libertad para pecar bajo la influencia de una naturaleza corrupta que el diablo y los demonios, o que pueden actuar correctamente bajo la influencia de una naturaleza santa, como los santos en gloria y los santos ángeles. Es decir, los hombres y los ángeles actúan *de acuerdo a su naturaleza*. Así como los santos y los ángeles son confirmados en santidad, es decir, poseen una naturaleza totalmente inclinada a la justicia y adversa al pecado, la naturaleza de los hombres caídos y de los demonios es tal que no pueden realizar un solo acto con motivos correctos hacia Dios. De ahí, la necesidad de que Dios cambie soberanamente el carácter de la persona en la regeneración.

Las ceremonias de circuncisión del niño recién nacido y de purificación de la madre del Antiguo Testamento fueron diseñadas para enseñar que el hombre viene al mundo pecaminoso, que desde la caída, la naturaleza humana es corrupta en su origen mismo.

Pablo declaró esta verdad de una manera más fuerte en 2 Corintios 4:3-4: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. En una palabra entonces, los hombres caídos sin las operaciones del Espíritu de Dios están bajo el gobierno de Satanás. Son llevados cautivos por él a su voluntad (2 Ti. 2:26). Mientras este hombre fuerte y totalmente armado no sea expulsado por aquel que es “más fuerte que él”, mantendrá su reino en paz y sus cautivos cumplirán voluntariamente sus órdenes. Pero el “más fuerte que él” lo ha vencido, le ha quitado su armadura y ha liberado parte de sus cautivos (Lc. 11:21-22; Mt. 12:29-30; Mr. 3:27-28). Dios, ahora ejerce el derecho de liberar a quien Él quiera y todos los cristianos nacidos de nuevo son pecadores rescatados de ese reino.

Las Escrituras declaran que el hombre caído es un cautivo, un esclavo dispuesto al pecado, y completamente incapaz de liberarse de su esclavitud y corrupción. Es incapaz de comprender y, mucho menos, de hacer las cosas de Dios. Existe lo que podríamos llamar “la libertad de la esclavitud”, un estado en el que el sujeto es libre sólo de hacer la voluntad de su amo, que en este caso es el *pecado*. A esto se refirió Jesús cuando dijo: “todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Jn. 8:34).

Y siendo tal la profundidad de la corrupción del hombre, está totalmente más allá de su propio poder limpiarse a sí mismo. Su única esperanza de enmendar su vida, yace de acuerdo a esto, en un cambio de corazón, el cual es traído por el poder soberano del Espíritu Santo “capaz de crear de la nada”, Quien trabaja cuando, donde y como le plazca (Jn. 3:8). Es como si se intentara bombear el agua de un barco con fugas mientras estas aún no han sido reparadas, del mismo modo ocurre si se trata de reformar a los que

no se han regenerado sin este cambio interior. O también como muy bien dice la Escritura: ¿Mudará el etíope su piel y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal? (Jer. 13:23). Este cambio de la muerte espiritual a la vida espiritual lo llamamos *regeneración*⁵⁸. En las Escrituras, se hace referencia a ella en varios términos: La “regeneración”, la vivificación, la llamada de las tinieblas a la luz, un despertar, el nuevo nacimiento, la eliminación del corazón de piedra y la entrega del corazón de carne, etc., cuya obra es exclusivamente del Espíritu Santo (Tit. 3: 5; Ef. 2:5; 1 P. 2:9; Ez. 36:26). Como resultado de este cambio, un hombre llega a ver la verdad y la acepta con gusto. Sus mismos instintos e impulsos íntimos se trasladan al lado de la Ley, en la que la obediencia se convierte en la expresión espontánea de su naturaleza. Se dice que la regeneración es obra del mismo poder sobrenatural que Dios hizo en Cristo cuando lo resucitó de los muertos (Ef. 1:18-20). El hombre no posee el poder de la auto-regeneración y hasta que este cambio interior tenga lugar, no puede ser convencido de la verdad del evangelio por ninguna cantidad de testimonio externo. “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lc. 16:31).

De La doctrina reformada de la Predestinación (*The Reformed Doctrine of Predestination*), 61-80. Usado con permiso de P&R Publishing Co, P.O. Box 817, Phillipsburg, NJ 08865, www.prpbooks.com.

Loraine Boettner (1901-1990): Teólogo presbiteriano americano; nacido en Linden, Missouri, USA.



Es la gloria de la salvación de Cristo que está perfectamente adaptada a cada condición de nuestra humanidad caída e indefensa. El cristianismo es la única religión que reconoce plenamente la depravación natural y absoluta de nuestra naturaleza y nuestra consiguiente impotencia para salvarnos a nosotros mismos. Jesús, por lo tanto, es el Salvador de los pecadores. Él se ha comprometido a salvarnos tal como somos. Él nos encuentra en completa ruina y nos crea de nuevo;

Él nos encuentra caídos y nos levanta; nos encuentra culpables y nos limpia;
nos encuentra condenados y nos justifica; toda nuestra salvación
está en Él. —*Octavius Winslow*

⁵⁸ **Regeneración** – El acto de gracia de Dios de crear vida espiritual en un pecador por el poder del Espíritu Santo, resultando en arrepentimiento y fe. Ver FGB 202, *The New Birth*, en inglés (El nuevo nacimiento), disponible en CHAPEL LIBRARY.

LEGAL, ESPIRITUAL Y ETERNAMENTE MUERTOS

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

EN primer lugar, todos nosotros, por naturaleza, estamos *legalmente muertos*. “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17), le dijo Dios a Adán y, aunque Adán no murió en ese momento físicamente, murió *legalmente*; es decir, su muerte quedó registrada en su contra. Tan pronto como en Old Bailey⁵⁹, el juez se cubre la cabeza con una gorra negra y pronuncia la sentencia, el reo es considerado muerto según la ley. Aunque pueda transcurrir todavía un mes antes de que sea llevado al cadalso para que se cumpla la sentencia, la ley lo considera un hombre muerto. Es imposible que ese hombre realice ninguna transacción. No puede heredar nada ni puede hacer un testamento; él no es nada: Es un hombre muerto. Su país considera que no tiene vida. Si hay elecciones, él no puede votar porque está considerado como muerto. Está encerrado en su celda de condenado a muerte y es un muerto vivo.

¡Ah! Ustedes, pecadores impíos, que nunca han tenido vida en Cristo, ustedes están vivos hoy, por una suspensión temporal de la sentencia, pero deben saber que ustedes están legalmente muertos; que Dios los considera así, que el día en que su padre Adán tocó el fruto y cuando ustedes mismos pecaron, Dios, el Eterno Juez, se puso una gorra negra de Juez y los ha condenado.

Ustedes tienen opiniones muy elevadas acerca de propia posición, y de su bondad, y de su moralidad. ¿Dónde está todo eso? La Escritura dice que “ya han sido condenados” (Jn. 3:18). No tienen que esperar el Día del juicio para escuchar la sentencia (allí será la ejecución de la sentencia) ustedes “ya han sido condenados”. En el instante en que pecaron, sus nombres fueron inscritos en el libro negro de la justicia; cada uno ha sido sentenciado a muerte por Dios, a menos que encuentre un sustituto por sus pecados en la persona de Cristo.

¿Qué pensarían ustedes si entraran en la celda de un condenado a muerte y vieran al reo sentado en su celda riéndose muy feliz? Ustedes dirían: “Ese hombre es un insensato, pues ya ha sido condenado y va a ser ejecutado; sin embargo, cuán feliz está”. ¡Ah! ¡Y cuán insensato es el hombre del mundo,

⁵⁹ Old Bailey – Famosa corte criminal o tribunal penal de Londres, Inglaterra.

quien, aunque tiene una sentencia registrada en su contra, vive muy contento! ¿Piensas tú que la sentencia de Dios no se cumplirá? ¿Piensas tú que tu pecado, que está escrito para siempre con una pluma de hierro sobre las rocas, no contiene horrores en su interior? Dios dice que ya has sido condenado. Si tan sólo pudieras sentirlo, esto mezclaría gotas amargas en tu dulce copa de gozo; tus bailes llegarían a su fin, tu risa se convertiría en llanto, si recordaras que ya has sido condenado. Todos nosotros deberíamos llorar si grabáramos esto en nuestras almas: Que, por naturaleza, no tenemos vida ante los ojos de Dios; que estamos, en realidad, efectivamente condenados; que tenemos una sentencia de muerte en contra nuestra y que somos considerados por Dios tan muertos, como si en realidad ya hubiésemos sido arrojados al infierno. Aquí ya hemos sido condenados por el pecado. Aún no hemos sufrido el correspondiente castigo, pero la sentencia ya está escrita y estamos legalmente muertos. Tampoco podemos encontrar vida, a menos que encontremos vida ante la ley en la persona de Cristo, de lo que hablaremos más adelante.

Pero, además de estar legalmente muertos, también estamos *muertos espiritualmente* porque, además de que la sentencia fue registrada en el libro, también se registró en el corazón; entró en la conciencia; obró en el alma, en la razón, en la imaginación, en fin, en todo. "...el día que de él comieres, ciertamente morirás", se cumplió, no sólo por la sentencia que fue registrada, sino por algo que ocurrió en Adán. De la misma forma que en un momento determinado, cuando me muera, la sangre se detendrá, cesará de latir el pulso, los pulmones dejarán de respirar, así el día que Adán comió del fruto, su alma murió. Su imaginación perdió su poder maravilloso de elevarse hacia las cosas celestiales y ver el cielo, su voluntad perdió el poder que tenía para elegir siempre lo bueno, su juicio perdió toda la habilidad anterior de discernir entre el bien y el mal, de manera decidida e infalible, aunque algo de eso fue retenido por la conciencia; su memoria quedó contaminada, sujeta a recordar lo malo y olvidar lo bueno; todas sus facultades perdieron el poder de la vitalidad moral. La bondad, que era la vitalidad de sus facultades, desapareció. La virtud, la santidad, la integridad, todas estas cosas, eran la vida del hombre; pero cuando desaparecieron, el hombre murió. Y ahora, todo hombre, está "muerto en sus delitos y pecados" (Ef. 2:1) espiritualmente. En el hombre carnal, el alma no está menos muerta de lo que está un cuerpo cuando es depositado en la tumba; está real y efectivamente muerta, no a la manera de una metáfora, pues Pablo no está hablando de manera metafórica cuando afirma: "Y él os dio vida a vosotros, cuando *estabais muertos* en vuestros delitos y pecados" (Ef. 2:1).

Pero, queridos lectores, nuevamente quisiera poderles predicar a sus corazones en relación a este tema. Ha sido algo penoso tener que recordarles que la muerte ya está registrada; pero ahora tengo que hablarles y decirles que la muerte ya ha ocurrido, efectivamente, en sus corazones. Ustedes no son lo que antes eran; ustedes no son lo que eran en Adán, ni son lo que

eran cuando fueron creados. El hombre fue creado puro y santo. Ustedes no son las criaturas perfectas que algunos presumen ser; ustedes están completamente caídos, completamente extraviados, llenos de corrupción y suciedad. ¡Oh! Por favor, no escuchen el canto de la sirena de quienes les hablan de su dignidad moral o de su elevada capacidad en los asuntos de la salvación. Ustedes no son perfectos; esa terrible palabra “*ruina*”, está escrita en sus corazones y la muerte está sellada en su espíritu.

No pienses, oh hombre moral, que tú serás capaz de comparecer ante Dios sólo con tu moralidad, pues no eres otra cosa que un cadáver embalsamado en legalidad, un esqueleto vestido elegantemente, pero, al final, putrefacto a los ojos de Dios. ¡Y tampoco pienses tú, que posees una religión natural, que tú puedes hacerte aceptable ante Dios mediante tu propia fuerza y poder! ¡Vamos, hombre! ¡Tú estás muerto! Y tú puedes maquillar a un muerto tan gloriosamente como te plazca, pero no dejará de ser una solemne burla.

Allí está la reina Cleopatra con una corona sobre su cabeza, vestida con sus mantos reales, siendo velada en la sala mortuoria. ¡Pero qué escalofríos recorren tu cuerpo cuando pasas junto a ella! Aun en su muerte, se ve bella. ¡Pero cuán terrible es estar junto a un muerto, aun si se trata de una reina muerta, muy celebrada por su belleza majestuosa! Así también tú puedes tener una belleza gloriosa y ser atractivo, amable y simpático; te pones sobre tu cabeza la corona de la honestidad y te vistes con los vestidos de la rectitud, pero, a menos que Dios te haya dado vida⁶⁰, ¡oh, hombre!, a menos que el Espíritu haya obrado en tu alma, tú eres a los ojos de Dios tan desagradable, como ese frío cadáver es desagradable para ti.

Tú no elegirías vivir con un cadáver para que comparta tu mesa; tampoco a Dios le agrada tenerte ante sus ojos. Él está airado contigo cada día (Sal. 7:11), pues tú estás en pecado, tú estás muerto. ¡Oh! Debes creer esto; deja que penetre en tu alma; aplícalo a ti, pues es muy cierto que estás muerto, tanto espiritualmente como legalmente.

El tercer tipo de muerte es la consumación de las otras dos. Es la *muerte eterna*. Es la ejecución de la sentencia legal; es la consumación de la muerte espiritual. La muerte eterna es la muerte del alma; tiene lugar después que el cadáver ha sido colocado en la tumba, después que el alma ha salido de él. Si la muerte legal es terrible, es debido a sus consecuencias; y si la muerte espiritual es espantosa, es debido a todo lo que viene después. Las dos muertes de las que hemos hablado son la raíz y esa muerte que vendrá es la flor que nace de esa raíz.

¡Oh! quisiera tener las palabras apropiadas para poder describirles lo que es la muerte eterna. El alma se ha presentado ante su Hacedor; el libro ha

⁶⁰ **Vida** – Regeneración; nacimiento por el Espíritu Santo.

sido abierto; la sentencia ha sido pronunciada: “Apartaos de mí, malditos” (Mt. 25:41) ha sacudido el universo y ha oscurecido a los astros con el enojo del Creador; el alma ha sido arrojada a las profundidades donde permanecerá con otros en muerte eterna.

¡Oh! cuán horrible es su condición ahora. ¡Su cama es una cama de fuego; los espectáculos que contempla son de tal naturaleza que aterran a su espíritu; los sonidos que escucha son gritos sobrecogedores, y quejidos y gemidos y lamentos; y su cuerpo sólo conoce un dolor miserable! Está sumido en un dolor indecible, en una miseria que no conoce el descanso.

El alma mira hacia arriba. La esperanza no existe, se ha ido. Mira hacia abajo llena de terror y miedo; el remordimiento se ha adueñado de su alma. Mira hacia la derecha y las paredes impenetrables del destino la mantienen dentro de sus límites para torturarla. Mira hacia su izquierda y allí los muros de fuego ardiente descartan la menor posibilidad de colocar una escalera para poder escapar. Busca en sí misma el consuelo, pero un gusano que muerde dolorosamente ha penetrado en su alma. Mira a su alrededor y no encuentra a ningún amigo que le pueda ayudar, ni a ningún consolador, sino sólo atormentadores en abundancia. No tiene a su disposición ninguna esperanza de liberación; ha escuchado la llave eterna del destino girar en su terrible cerradura y ha visto que Dios toma la llave y la lanza al fondo del abismo de la eternidad donde no podrá ser encontrada nunca. No tiene esperanza, no tiene escape, no hay posibilidad de liberación; desea ardientemente la muerte, pero la muerte es su encarnizada enemiga y no vendrá; anhela que la no-existencia lo trague, pero esta muerte eterna es peor que la aniquilación. Anhela la exterminación como el trabajador ansía el día de descanso. Espera ser tragado por la nada de la misma manera que un preso anhela su libertad. Pero nada de esto sucede, está eternamente muerta.

Cuando la eternidad haya recorrido muchísimas veces sus ciclos eternos, estará todavía muerta. La eternidad no tiene fin; la eternidad sólo puede deletrearse con la eternidad. Y después de todo eso, el alma verá un aviso escrito sobre su cabeza: “Tú estás condenada para siempre”. Escucha aullidos que durarán por toda la eternidad; ve llamas que no se pueden extinguir; sufre dolores que no pueden mitigarse; oye una sentencia que no retumba como los truenos de la tierra, que pronto se desvanecen, sino que va en aumento, más y más, sacudiendo los ecos de la eternidad, haciendo que miles de años se sacudan nuevamente con el horrible trueno de su terrible sonido: “¡Apartaos de mí! ¡Apartaos de mí! ¡Apartaos de mí! ¡Malditos!”. Ésta es la muerte eterna.

En segundo lugar, en Cristo Jesús hay vida, pues Él dice: “Y no queréis venir a mí *para que tengáis vida*”. No hay vida en Dios Padre para un pecador; no hay vida en Dios Espíritu Santo para un pecador, aparte de Jesús. La vida de un pecador está en Cristo. Si piensas que en el Padre puedes encontrar la vida aparte del Hijo, aunque Él ame a sus elegidos y decrete

que vivirán, no es así; la vida está solamente en el Hijo. Si tomas a Dios el Espíritu Santo aparte de Jesucristo, a pesar de que es el Espíritu quien nos da vida espiritual, sin embargo, la vida está en Cristo, la vida está en el Hijo. Ni nos atreveríamos ni podríamos pedir la vida espiritual a Dios el Padre o a Dios el Espíritu Santo. Lo primero que se nos ordena hacer cuando Dios nos saca de Egipto es comer la Pascua. Eso es lo primero. El primer medio por el que recibimos la vida es comiendo la carne y la sangre del Hijo de Dios; viviendo en Él, confiando en Él, creyendo en su Gracia y su Poder. Nuestra segunda consideración es: *Hay vida en Cristo*. Les mostraremos que hay tres tipos de vida en Cristo, de la misma manera que hay tres tipos de muerte.

En primer lugar, hay *vida legal* en Cristo. De la misma manera que todos los hombre considerados en Adán tenían una sentencia de condenación dictada contra ellos en el momento que Adán pecó y, más especialmente en el momento de su propia primera trasgresión, así también, yo, si soy un creyente, y tú, si confías en Cristo, hemos recibido una sentencia legal absoluta, dictada a nuestro favor por medio de la obra de Jesucristo.

¡Oh, pecador condenado! Tú puedes estar aquí hoy, condenado como el prisionero de Newgate⁶¹; pero antes de que pase este día, tú puedes estar tan libre de culpa como los ángeles del cielo. Hay vida legal en Cristo y, ¡bendito sea Dios!, algunos de nosotros la tenemos.

Sabemos que nuestros pecados son perdonados porque Cristo sufrió el castigo merecido por esos pecados; sabemos que nosotros mismos no podremos ser castigados, pues Cristo sufrió en lugar nuestro. La Pascua ha sido sacrificada por nosotros; el dintel y los postes de la puerta han sido rociados y el ángel exterminador no puede tocarnos jamás. Para nosotros no hay infierno, aunque esté ardiendo con terribles llamas. No importa que Tofet⁶² esté preparado desde hace mucho tiempo y tenga un buen suministro de leña y mucho humo, nosotros nunca iremos allí: Cristo murió por nosotros, en nuestro lugar. ¿Qué importa que haya instrumentos de horrible tortura? ¿Qué importa si hay una sentencia que produce los más horribles ecos de sonidos atronadores? ¡Sin embargo, ni los tormentos, ni la cárcel, ni el trueno, son para nosotros! En Cristo Jesús hemos sido liberados. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8:1).

¡Pecador! ¿Estás tú, legalmente condenado esta mañana? ¿Sientes que es así? Entonces déjame decirte que la fe en Cristo te hará saber que has sido

⁶¹ **Newgate** – Famosa prisión de Londres para los condenados a muerte.

⁶² **Tofet** – Lugar cercano a Jerusalén donde, según el Antiguo Testamento, los israelitas sacrificaban niños al dios Moloch, quemándolos vivos. Se cree que es un lugar específico en el Valle de la Gehena. Por extensión, los arqueólogos aplican este término a las tumbas de incineración con restos infantiles carbonizados, depositados en urnas.

absuelto legalmente. Amados hermanos, no es una fantasía que estamos condenados por nuestros pecados, es una realidad. Tampoco es una fantasía que hemos sido absueltos, es una realidad. Si un hombre va a morir en la horca, pero recibiera un perdón de última hora, sentiría que es una grandiosa realidad. Diría: “He sido perdonado completamente, ya no pueden condenarme otra vez”. Así me siento yo...

Hermanos, hemos ganado una vida legal en Cristo y no podemos perder esa vida legal. La sentencia fue dictada en contra nuestra una vez, pero ahora ha sido anulada. Está escrito: “Ahora, pues, ninguna condenación hay” y esa anulación es tan válida para mí dentro de cincuenta años, como lo es *ahora*. No importa cuántos años vivamos, siempre estará escrito: “*Ahora*, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

Continuando, en segundo lugar, hay *vida espiritual* en Cristo Jesús. Como el hombre está muerto espiritualmente, Dios tiene una vida espiritual para él, pues no hay ninguna necesidad que no pueda ser suplida por Jesús, no hay ningún vacío en el corazón, que Cristo no pueda llenar; no hay ningún lugar solitario que Él no pueda poblar, no hay ningún desierto que Él no pueda hacer florecer como una rosa.

¡Oh, ustedes pecadores que están muertos! que están muertos espiritualmente, hay vida en Cristo Jesús, pues hemos visto ¡sí! estos ojos lo han visto, que los muertos reviven; hemos conocido al hombre cuya alma estaba totalmente corrompida, pero que por el poder de Dios ha buscado la justicia; hemos conocido al hombre cuya visión era completamente carnal, cuya lujuria lo dominaba plenamente y cuyas pasiones eran muy poderosas, pero que, de pronto, por un irresistible poder del cielo, se ha consagrado a Cristo y se ha convertido en un hijo de Jesús.

Sabemos que hay vida en Cristo Jesús de un orden espiritual; sí, y más aún, nosotros mismos, en nuestras propias personas, hemos sentido esa vida espiritual. Recordamos muy bien cuando estábamos en la casa de oración, tan muertos como el propio asiento en el que estábamos sentados. Habíamos escuchado durante mucho, mucho tiempo, el sonido del Evangelio, sin que surtiera ningún efecto, cuando de pronto, como si nuestros oídos fuesen abiertos por los dedos de algún ángel poderoso, un sonido penetró en nuestro corazón. Creímos escuchar a Jesús que decía: “El que tenga oídos para oír, oiga” (Mt. 13:9). Una mano irresistible apretó nuestro corazón hasta arrancarle una oración. Nunca antes habíamos orado así. Clamamos: “¡Oh Dios!, ten misericordia de mí, pecador” (Lc. 18:13).

¿Acaso algunos de nosotros no hemos sentido una mano que nos apretaba como si hubiésemos sido sorprendidos en un vicio y nuestras almas derramaban gotas de angustia? Esa miseria era el signo de una nueva vida. Cuando una persona se está ahogando, no siente tanto dolor como cuando logra sobrevivir y está en proceso de recuperación. ¡Oh!, recordamos esos dolores, esos gemidos, esa lucha encarnizada que nuestra alma experimen-

taba cuando vino a Cristo. ¡Ah!, podemos recordar cuando recibimos nuestra vida espiritual tan fácilmente como puede hacerlo un hombre que ha resucitado de su sepulcro. Podemos suponer que Lázaro recordaba su resurrección, aunque no recordara todas las circunstancias que la rodearon. Así nosotros también, aunque hayamos olvidado mucho, ciertamente recordamos cuando nos entregamos a Cristo. Podemos decir a cada pecador, sin importar cuán muerto esté, que hay vida en Cristo Jesús, aunque esté podrido y lleno de corrupción en su tumba. El mismo que levantó a Lázaro, nos ha levantado a nosotros y Él puede decir, aún a ti pecador: “¡Lázaro!, ven fuera” (Jn. 11:43).

En tercer lugar, hay *vida eterna* en Cristo Jesús. ¡Oh! y si la muerte eterna es terrible, la vida eterna es bendita; pues Él ha dicho: “Y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor” (Jn. 12:26). “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria...” (Jn. 17:24) “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás...” (Jn. 10:28). Entonces, cualquier arminiano que quiera predicar acerca de ese texto, debe comprar algo que le ayude a estirar sus labios de manera especial; nunca podría decir toda la verdad sin retorcerla de una manera muy misteriosa. La vida eterna, no una vida que se pueda perder, sino la vida eterna. Si perdí mi vida en Adán, la recobré en Cristo; si me perdí a mí mismo eternamente, me he encontrado a mí mismo en Jesucristo. ¡Vida eterna! ¡Oh pensamiento bendito! Nuestros ojos brillan de gozo y nuestras almas se encienden en un éxtasis al pensar que tenemos vida eterna.

¡Estrellas, apáguese!, dejen que Dios ponga su dedo sobre ustedes, pero mi alma vivirá en el gozo y la bienaventuranza. ¡Oh sol, oscurece tu ojo!, mi ojo verá “al Rey en su hermosura” (Is. 33:17), mientras que tu ojo no hará sonreír más a la verde tierra. ¡Y tú, oh luna, enrojece de sangre! Pero mi sangre nunca dejará de ser; este espíritu vivirá cuando tú hayas dejado de existir. ¡Y tú, grandioso mundo!, tú puedes desaparecer por completo tal como la espuma desaparece sobre la ola que la transporta; sin embargo, yo tengo vida eterna. ¡Oh tiempo!, tú puedes ver a las gigantes montañas morir y esconderse en sus tumbas; puedes ver a las estrellas como higos remaduros caer del árbol, pero nunca, nunca, verás morir mi espíritu.

Extracto de *El libre albedrío: Un Esclavo*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



LA ATRACCIÓN EFICAZ DE DIOS

John Flavel (c. 1630-1691)

*“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere;
y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).*

CONSIDEREMOS el maravilloso camino y la manera en que el Señor atrae las almas de los pobres pecadores a Jesucristo, y encontrará que Él lo hace: (1) gradualmente, (2) congruentemente⁶³, (3) poderosamente, (4) eficazmente y (5) definitivamente.

Primero, esta bendita obra es llevada a cabo por el Espíritu, gradualmente. Lleva el alma paso a paso, en el debido método y orden del evangelio a Cristo: La iluminación, la convicción, la compunción⁶⁴ preparan el camino a Cristo. Entonces, la fe une el alma a Él. Sin humillación no puede haber fe: “Y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle” (Mt. 21:32). Es el gravoso sentido del pecado el que lleva el alma a Cristo para descansar: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados” (Mt. 11:28). Pero sin convicción, no puede haber compunción ni humillación. Aquel que no está convencido de su pecado y miseria, nunca lo llora ni se lamenta por él. Nunca hubo una lágrima de verdadero arrepentimiento que cayera del ojo de un pecador no convencido. Y sin iluminación, no puede haber convicción; pues, ¿qué es convicción, sino la acción de la luz que alumbra el entendimiento o la mente del hombre, y penetra en su corazón y conciencia? (Hch. 2:37). En este orden, por lo tanto, el Espíritu (ordinariamente) atrae a las almas a Cristo: Él resplandece en sus mentes por la iluminación, aplica esa luz a sus conciencias por convicción eficaz, rompe y hiere sus corazones por el pecado en remordimiento y luego, mueve la voluntad de acercarse y abrazar a Cristo en el camino de la fe para la vida y la salvación...

En segundo lugar, Él atrae a los pecadores a Cristo, congruente y convenientemente con la naturaleza y el camino del hombre. Así que Él dice: “Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida” (Os. 11:4). No como las bestias son atraídas, sino como los hombres son inclinados y llevados al cumplimiento por la convicción racional de sus juicios y la convicción poderosa de sus voluntades. Las mentes de los pecadores están naturalmente cegadas por la ignorancia (2 Co. 4:3-4) y sus

⁶³ **Congruentemente** – De una manera que se ajuste a las circunstancias; adecuado.

⁶⁴ **Compunción** – Arrepentimiento por haber obrado en desacuerdo con la voluntad de Dios y propósito de no volver a actuar mal en adelante.

afectos embrujados por sus lujurias (Gá. 3:1-4). Aunque así sea, ningún argumento o súplica puede prevalecer para apartarlos de los caminos del pecado hacia Cristo.

La manera, por lo tanto, que el Señor toma para ganarlos y atraerlos a Cristo, es rectificando sus falsos prejuicios y mostrándolos a la luz, enseñándoles un mejor camino en Cristo, sí, satisfaciendo sus entendimientos de que hay suficiente bondad en Jesucristo a quien Él los está atrayendo...

En tercer lugar, la atracción del Padre es muy poderosa. “El brazo del Señor” se revela en esta obra (Is. 53:1). Fue una palabra poderosa la que hizo resplandecer la luz en medio de las tinieblas al principio y no se requiere menos poder para hacerla resplandecer en nuestros corazones (2 Co. 5:14). Ese día en el cual el alma se hace dispuesta a venir a Cristo es llamado “el día de tu poder” (Sal. 110:3). La Escritura expresa la obra de la conversión con una triple metáfora: La de la *resurrección* de entre los muertos (Ro. 6:4), la de la *creación* (Ef. 2:10) y la de la *victoria* o la *conquista* (2 Co. 10:4-5). Todas estas exponen el poder infinito de Dios en esta obra porque, no menos que el poder todopoderoso, es requerido para cada uno de ellos; y si examinan estrictamente las distintas nociones, encontrarán el poder de Dios más y más ilustremente desplegado en cada una de ellas... Deje que el alma que el Padre atrae, luche y resista tanto como pueda, vendrá, sí, y también vendrá voluntariamente, cuando el poder de atracción de Dios esté sobre ella. Oh, los conflictos propios e internos, todo lo contrario ocurre cuando el alma se encuentra distraída y desgarrada —las esperanzas y los temores, los estímulos y los desánimos, su indecisión de acudir o no acudir al llamado—. Pero la gracia victoriosa conquista por fin toda oposición... Y, ciertamente, si consideramos cuán profundamente el alma está arraigada por la inclinación natural, y la costumbre prolongada y continua del pecado, ¡cuán extremadamente [hostil] es a los caminos de la piedad estricta y de la mortificación! Cómo Satanás —ese enemigo [odioso], ese hombre fuerte armado— fortifica al alma para defender su posesión contra Cristo y se atrinchera en el entendimiento, la voluntad y los afectos mediante prejuicios profundamente arraigados contra Cristo y la santidad, ¡es una maravilla de maravillas ver a un alma que abandona todas sus amadas concupiscencias e intereses carnales, y que viene voluntariamente bajo el yugo de Cristo!

En cuarto lugar, la atracción de Dios es muy eficaz. Hay, en efecto, una obra común e *ineficaz* sobre los hipócritas y los apóstatas, llamados en la Escritura “nube matutina” y “rocío temprano” (Os. 6:4). Estos pueden creer por un tiempo y luego se apartan (Lc. 8:13). Sus voluntades pueden estar medio ganadas, pueden ser atraídas hasta la mitad del camino a Cristo y perderse de nuevo. Así fue con Agripa: “Por poco (en muy poco tiempo) me persuades a ser cristiano” (Hch. 26:28). Pero en los elegidos de Dios, es eficaz: Sus voluntades, no sólo son *casi*, sino *del todo*, convencidas a abrazar a Cristo y a abandonar los caminos del pecado, [no importando] cuán agra-

dables, provechosos y queridos hayan sido para ellos. El Señor, no sólo los atrae, sino que también atrae a esas almas a Cristo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí” (Jn. 6:37).

Se confiesa que al atraer a casa a los elegidos para Cristo, puede haber y frecuentemente hay muchas pausas, paradas y [retrasos]. Ellos tienen convicciones, afectos y resoluciones que se agitan en ellos, que, como los primeros retoños, parecen estar floreciendo y mueren de nuevo. Con frecuencia (especialmente en los jóvenes) hay una apariencia esperanzada de gracia. Hacen conciencia de evitar los pecados y cumplir con sus deberes. A veces, tienen grandes despertares bajo la Palabra. Se observa que se retiran para meditar y orar. Se deleitan en estar en compañía de los cristianos. Pero, después de todo esto, se descubre que los deseos y las vanidades juveniles sofocan y ahogan estos comienzos esperanzadores y la obra parece quedarse —por algunos años— en pausa. Sin embargo, al fin, el Señor hace su obra victoriosa sobre toda oposición y los pone en casa con poder y afirma sus corazones.

En quinto lugar, para concluir, aquellos a quienes el Padre atrae a Cristo, Él los atrae finalmente y para siempre. “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Ro. 11:29). Son así, tal como Dios el dador, no se arrepiente nunca de haber llamado a su pueblo a la comunión con su Hijo Jesucristo. Y son así por parte del creyente, quien nunca se arrepiente, sea lo que sea con lo que se encuentre después, de haber venido a Cristo.

Hay un tiempo en que los cristianos son atraídos a Cristo, pero nunca habrá un tiempo en que serán *apartados* de Cristo (Jn. 10:29). No hay manera de arrancarlos de la mano del Padre. Había un proverbio común en los tiempos de la iglesia primitiva para expresar algo imposible: “Puedes sacar a un cristiano de Cristo, tan pronto como lo hagas”. Cuando Cristo hizo esta pregunta a los discípulos: “¿Queréis acaso iros también vosotros?”. Simón Pedro le respondió en nombre de todos: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:67-68). Aquellos que son atraídos de esta manera, se adhieren con pleno propósito de corazón al Señor.

De Las obras completas del Reverendo John Flavel (*The Whole Works of the Reverend John Flavel*), Vol. 2 (Londres; Edimburgo; Dublín: W. Baynes and Son; Waugh and Innes; M. Keene, 1820), 74-75.

John Flavel (c. 1630-1691): Ministro presbiteriano inglés; nacido en Bromagrove, Worcester, Inglaterra, Reino Unido.



¿VIVO O MUERTO?

J. C. Ryle (1816-1900)

*“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos
en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1).*

LECTOR, mira las palabras ante tus ojos, y reflexiona bien sobre ellas. Escudriña tu propio corazón y no dejes este papel sin una solemne auto-indagación. Te recibo en este día con una pregunta simple: ¿Estás entre los vivos o entre los muertos?... Dame tu atención mientras desarrollo este asunto y te muestro lo que Dios ha dicho al respecto, en las Escrituras. Si digo cosas duras, no es porque no te ame. Escribo como lo hago porque deseo tu salvación. Es tu mejor amigo quien te dice la mayor verdad.

Primero, entonces, *déjame decirte el estado en el que todos por naturaleza estamos: ¡Estamos MUERTOS!* Muerto es una palabra fuerte, pero no la he acuñado ni inventado yo. Yo no la elegí. El Espíritu Santo le dijo a Pablo que le escribiera a los Efesios: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Ef. 2:1). El Señor Jesucristo se sirvió de ella en la parábola del hijo pródigo: “Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lc. 15:24, 32). Lo leerás también en la Epístola a los Corintios: “Uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co. 5:14). ¿Será el hombre mortal más sabio que lo que está escrito? ¿No debo prestar atención a lo que encuentro en la Biblia, ni más ni menos?

La muerte es una idea horrible, una que el hombre no está dispuesto a recibir. A él no le gusta admitir la extensión total de la enfermedad de su alma. Él cierra los ojos ante la verdadera magnitud de su peligro. Muchos me permitirán decir que, naturalmente, la mayoría de las personas “no son exactamente lo que deberían ser: son desconsideradas, son inseguras, son [descuidados], son desenfrenados, no son lo suficientemente serias”. Pero, ¿muerto? ¡Oh, no! No debo mencionarlo. Fui demasiado lejos al decir eso. Esta idea es una piedra de tropiezo y una roca de ofensa.

Mi querido lector, lo que nos gusta de la religión tiene muy poca importancia. La única pregunta es: “¿Qué está escrito?”. ¿Qué dice el Señor? Los pensamientos de Dios no son pensamientos del hombre, y las palabras de Dios no son palabras del hombre (Is. 55:8). Dios afirma de cada persona viva que no es un cristiano decidido —sea alto o bajo, rico o pobre, viejo o joven— que *está muerto*.

En esto, como en todo lo demás, las palabras de Dios son correctas. Nada más correcto, más preciso, más fiel, más verdadero. Espera un poco y déjame razonar contigo. Ven y ve.

¿Qué deberías haber dicho si hubieras visto a José llorando por su padre Jacob? “Entonces se echó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él, y lo besó” (Gn. 50:1). Pero no hubo respuesta a su muestra de afecto. Todo en ese anciano semblante estaba inmóvil, silencioso y quieto. Sin duda habrás adivinado la razón. *Jacob estaba muerto...*

¿Qué pensarías si hubieras visto al amalecita despojando a Saúl de sus ornamentos reales en el Monte Gilboa? “Tomé la corona que tenía en su cabeza, y la argolla que traía en su brazo” (2 S. 1:10). No hubo resistencia. Ni un músculo se movió en esa cara orgullosa. No se levantó ni un dedo para evitarlo. Y, ¿por qué? *Saúl estaba muerto.*

¿Qué hubieras pensado si hubieras encontrado al hijo de la viuda en la puerta de Naín, acostado en un féretro⁶⁵, envuelto en ropas fúnebres, seguido por su madre llorando, llevado lentamente hacia la tumba? (Lc. 7:12). Sin duda, todo habría estado claro para ti. No habría necesitado explicación. *El joven estaba muerto.*

Ahora, yo digo que ésta es sólo la condición de cada hombre por naturaleza en lo que respecta a su alma. Yo digo que esto es sólo el estado de la gran mayoría de la gente que nos rodea en cosas espirituales. Dios los llama continuamente por medio de misericordias, por aflicciones, por ministros, por su Palabra; pero ellos no escuchan su voz... La corona y la gloria de su ser —esa preciosa joya, su alma inmortal— está siendo arrebatada, saqueada y quitada; y ellos están completamente despreocupados. El diablo se los lleva, día tras día, por el camino ancho que conduce a la destrucción; y ellos le permiten hacerlos sus cautivos sin defenderse. Y esto está sucediendo en todas partes, a su alrededor, entre todas las clases, a lo largo y ancho de la tierra. Lo sabes en tu propia conciencia, mientras lees esto. Debes ser consciente de ello. No puedes negarlo. Y entonces, ¿qué se puede decir más perfectamente cierto que lo que Dios dice: que todos estamos espiritualmente *muertos* por naturaleza?

¡Si! Cuando el corazón de un hombre es frío y despreocupado por la religión, cuando sus manos nunca se emplean para hacer la obra de Dios, cuando sus pies no están familiarizados con los caminos de Dios, cuando su lengua rara vez o nunca se usa en oración y alabanza, cuando sus oídos están sordos a la voz de Cristo en el evangelio, cuando sus ojos están ciegos a la belleza del reino de los cielos, cuando su mente está llena del mundo y no tiene lugar para las cosas espirituales —cuando estas marcas se encuentran en un hombre—, la palabra de la Biblia es la palabra correcta para usar acerca de él, y esa palabra es *muerto*.

Tal vez no nos guste esto. Podemos cerrar los ojos, tanto a los hechos del mundo como a los textos de la Palabra, pero la verdad de Dios debe ser

⁶⁵ **Féretro** – Camilla o tabla utilizada para transportar un cadáver a un lugar de entierro.

dicha, y detenerla hace un gran daño. La verdad debe ser dicha, por más condenadora que sea. Mientras el hombre no sirva a Dios con cuerpo, alma y espíritu, no está realmente vivo. Mientras ponga lo primero en lo último y lo último en lo primero, mientras entierre su talento como un siervo inútil y no traiga honor al nombre del Señor, a los ojos de Dios *está muerto*. Él no está ocupando el lugar en la creación para el cual fue creado. No está usando sus poderes y facultades como Dios quiso que se usaran...

Ésta es la verdadera explicación del pecado que no se siente, los sermones que no se creen, los buenos consejos que no se siguen, el evangelio que no se abraza, el mundo que no se abandona, la cruz que no se toma, la voluntad propia que no se mortifica, los malos hábitos que no se dejan de lado, la Biblia que rara vez se lee, y la rodilla que nunca se dobla en oración. ¿Por qué está todo esto por todos lados? La respuesta es simple. *Los hombres están muertos*.

Ésta es la verdadera razón de esa multitud de excusas para el abandono de la religión que tantos hacen con una rápida aprobación. Algunos no tienen estudios y otros no tienen tiempo. Algunos están oprimidos por los negocios y otros por la pobreza. Algunos tienen dificultades en sus propias familias y otros en su propia salud. Algunos tienen obstáculos peculiares en su vocación y otros, se nos dice, no pueden entender; y otros tienen inconvenientes peculiares en casa y esperan que los excusen. Pero Dios tiene una palabra más corta en la Biblia que describe a todas estas personas a la vez. Dice que *ellos están muertos*.

Ésta es la verdadera explicación de muchas cosas que mueven el corazón de un ministro fiel. Muchos de los que le rodean nunca asisten a un lugar de culto. Muchos asisten de manera tan irregular que está claro que no les parece importante. Muchos asisten una sola vez el domingo, pero podrían asistir las dos veces con la misma facilidad. Muchos nunca vienen a la mesa del Señor; nunca aparecen en un día de semana a algún tipo de medio de gracia. ¿Y por qué es todo esto? A menudo, con demasiada frecuencia, sólo puede haber una respuesta sobre estas personas. *Ellos están muertos*.

Observa ahora, querido lector, cómo todos los cristianos profesantes deben examinarse a sí mismos y probar su propio estado. No es sólo en los cementerios donde se encuentra a los muertos. Hay demasiados dentro de nuestras iglesias y cerca de nuestros pulpitos, demasiados en las sillas y demasiados en las bancas. La tierra está como el valle en la visión de Ezequiel, —llena de huesos— y muy secos. Hay almas muertas en todas nuestras iglesias y almas muertas en todas nuestras calles. Apenas hay una familia en la que todos vivan para Dios. Apenas hay una casa en la que no haya alguien muerto. ¡Oh, busca y mira en casa! Pruébate a ti mismo.

Vean también cuán triste es la condición de todos los que no han pasado por ningún cambio espiritual, cuyos corazones siguen siendo los mismos que el día en que nacieron. Hay una montaña que los separa a ellos del

cielo. Todavía no han pasado de la muerte a la vida. ¡Oh, que sólo vieran y conocieran su peligro! ¡Ay! Es una marca temerosa de la muerte espiritual que, como la muerte natural, no se siente. Ponemos a nuestros seres queridos tierna y suavemente en sus estrechas camas, pero ellos no sienten nada de lo que hacemos. “Los muertos —dice el sabio— nada saben” (Ec. 9:5). Y éste es el caso de las almas muertas.

Vea también la razón por la cual los ministros tienen que estar ansiosos acerca de sus congregaciones. Sentimos que el tiempo es corto y que la vida es incierta. Sabemos que la muerte espiritual es el camino que conduce a la muerte eterna. Tememos que cualquiera de aquellos a quienes predicamos muera en sus pecados, no preparado, no renovado, impenitente, sin cambios. ¡Oh, no te extrañes si a menudo hablamos con fuerza y te rogamos calurosamente! No nos atrevemos a darte títulos halagadores, a divertirte con cosas insignificantes, a suavizar las palabras y a gritar paz, paz, cuando nada menos que la vida y la muerte están en juego. La plaga está entre ustedes. Sentimos que estamos entre los vivos y los muertos. Debemos usar y usaremos la franqueza de la palabra. “Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1 Co. 14:8).

Permítanme decirles... *cuál es la única manera por la cual este avivamiento puede ser llevado a cabo, por qué medios un alma muerta puede ser vivificada.* Seguramente, si no te lo dijera, sería cruel escribir lo que he escrito. Seguramente, sería llevarte a un desierto deprimente y luego dejarte sin pan y sin agua. Sería como marchar hasta el Mar Rojo y luego pedirte que camines. Te estaría ordenando hacer ladrillos, como el Faraón, y, sin embargo, rehusando proveerte de paja. ¡Sería como atarte las manos y los pies y, luego, desearte que des una buena batalla y que corras para obtener el premio! No lo haré... Con la ayuda de Dios, pondré ante ti toda la provisión que está hecha para las almas muertas. Escúchame un poco más y te mostraré, una vez más, lo que está escrito en la Escritura de verdad.

Una cosa está muy clara: nosotros mismos no podemos trabajar en este poderoso cambio. No está en nosotros. No tenemos fuerza ni poder para hacerlo. Podemos cambiar nuestros pecados, pero no podemos cambiar nuestros corazones. Podemos tomar un nuevo camino, pero no una nueva naturaleza. Podemos hacer reformas y cambios considerables. Podemos dejar de lado muchos malos hábitos externos y comenzar muchos deberes externos. Pero no podemos crear un nuevo principio dentro de nosotros. No podemos sacar algo de la nada. El etíope no puede cambiar su piel, ni el leopardo sus manchas; no podemos poner vida en nuestras propias almas (Jer. 13:23).

Otra cosa es igualmente clara: nadie puede hacerlo por nosotros. Los ministros pueden predicarte y orar contigo, recibarte... en el bautismo, admitirte en la Mesa del Señor y darte el pan y el vino; pero no pueden otorgarte vida espiritual. Pueden traer orden en el lugar del desorden y decencia externa en el lugar del pecado abierto. Pero no pueden ir por debajo de la

superficie. No pueden llegar a sus corazones. Pablo puede plantar y Apolos regar, pero sólo Dios puede dar el crecimiento (1 Co. 3:6).

¿Quién, entonces, puede hacer que un alma muerta viva? Nadie puede hacerlo excepto Dios. Sólo Aquel que sopló en las fosas nasales de Adán el aliento de vida puede hacer de un pecador muerto un cristiano vivo. Sólo Aquel que formó el mundo de la nada en el día de la creación puede hacer del hombre una nueva criatura. El único que dijo: “Sea la luz; y fue la luz” (Gn. 1:3) puede hacer que la luz espiritual brille en el corazón del hombre. Sólo Aquel que formó al hombre del polvo y dio vida a su cuerpo, es el único que puede dar vida a su alma. Suyo es el oficio especial para hacerlo por su Espíritu y suyo también es el poder.

Lector, el glorioso evangelio contiene provisiones para tu vida espiritual, así como para tu vida eterna. Los muertos deben venir a Cristo y Él les dará vida y paz. Él es capaz de hacer todo lo que los pecadores necesitan. Él los limpia con su sangre. Él los hace vivir por su Espíritu. El Señor Jesús es un Salvador completo. Esa poderosa Cabeza viviente no tiene miembros muertos. Su pueblo, no sólo es justificado y perdonado, sino que también es vivificado junto con Él y hecho partícipe de su resurrección. Por Él, el Espíritu se une al pecador y lo eleva por esa unión, de muerte a vida. En Él, el pecador vive después de haber creído. La fuente de toda su vitalidad es la unión entre Cristo y su alma, la cual el Espíritu inicia y mantiene. Cristo es la fuente designada de toda vida espiritual y el Espíritu Santo es el agente designado que transmite esa vida a nuestras almas.

Extracto de *¿Vivo o Muerto?*, disponible en CHAPEL LIBRARY.

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana; nacido en Macclesfield, Condado de Cheshire, Inglaterra, Reino Unido.



¿Acaso un pecador, en su estado no renovado, irá alguna vez al Salvador sin la presión de la necesidad? ¿Alguna vez, un alma se llevará a sí misma a Cristo sin la convicción de su profunda necesidad espiritual de Cristo? ¡Nunca! Con toda la dulce y poderosa atracción del Señor Jesucristo —Su amor, hermosura y gracia—. Tan completamente depravada y muerta es nuestra naturaleza, ésta es totalmente insensible al poder de su grandiosa atracción y nunca reparará en la existencia de

Cristo hasta que el Espíritu Santo despierte una convicción de pecado y cree en ella la presión de la necesidad. —*Octavius Winslow*